Traducción de Laura Salas Rodríguez

LA CHAISE LONGUE VICTORIANA & LA TORRE

MARGHANITA LASKI



automática editorial

TÍTULO ORIGINAL: *The victorian chaise longue / The tower*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avda. Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright:
The Victorian Chaise Longue © The Executors of E P M Howard, 1953
The Tower © The Executors of E P M Howard, 1955, 1953
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez 2012, 2025
© del prólogo, Isabel Núñez 2011
© de la presente edición, Automática Editorial S.L. 2025
© de la ilustración de cubierta, Desiree Arancibia, 2025

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

ISBN: 978-84-10141-23-0

Diseño editorial y cubierta: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Edición digital: Álvaro López

Primera edición en Automática: septiembre de 2012
Segunda edición en Automática: octubre de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

LA CHAISE LONGUE VICTORIANA & LA TORRE

MARGHANITA LASKI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

automática

ÍNDICE

PRÓLOGO

LA CHAISE LONGUE VICTORIANA & LA TORRE

LA TORRE

PRÓLOGO

DE

ISABEL NÚÑEZ

LA POÉTICA DEL HORROR CLÁSICO

En una de esas selecciones que tanto gustan a los anglosajones, *The Guardian* incluyó *La chaise longue victoriana* de Marghanita Laski entre «los 100 mejores clásicos olvidados» y lo cierto es que, tras su lectura, yo le daría la razón sin dudar.

La cuidada edición inglesa —donde las guardas y el punto de libro evocan vagamente el estampado de las cortinas descrito en la *nouvelle* — es de Persephone Books, una editorial especializada en recuperar clásicos olvidados de mujeres del siglo XX. Ahora es felizmente acogida en castellano por Automática Editorial —que también recupera clásicos desconocidos, pero de ambos sexos y sin acotaciones temporales—, en una edición igualmente delicada y con traducción de Laura Salas.

En el prólogo de la edición inglesa, P.D. James califica el libro como «la novela breve más aterradora y hábilmente contada de la década» y habla de la autora, a la que conoció, y alude a su voz vibrante —con acento refinado— en los programas de crítica literaria que dirigió en la radio. La describe como una mujer formidable y a veces intimidante, con ideas claras, que participó en la vida cultural pública y que podría haberse convertido en una celebridad televisiva, de no haber sido por su aversión al culto de la personalidad.

Marghanita Laski nació en 1915 en una familia judía e ilustrada, sobrina del pensador socialista Harold Laski y nieta del erudito rabino sefardita Moses Gaster, pero ella siempre se declaró laica. Trabajó en moda, fue lectora en Oxford y publicó seis novelas muy distintas unas de otras, incluyendo esta pequeña joya del horror victoriano. Crítica literaria reconocida, publicó ensayos sobre Jane Austen y George Eliot. Además, por su «pasión lexicográfica», colaboró en el *Oxford English Dictionary* a partir de investigaciones propias. *The Guardian* publicó un retrato suyo, muy joven, seria, determinada y sensual con su exótico disfraz, aunque hay fotografías más clásicas, siempre con una sobria elegancia, que la muestran tal como fue conocida en sus años más activos. Murió en 1988.

En *La chaise longue victoriana*, Laski retoma un motivo de terror de

trastorno de identidad, muy sugerente, que recuerda a *The Haunted Mirror* de Robert Hamer en *Dead of Night*, una estupenda película de terror de 1945, que reunía piezas de distintos directores. En aquel «Espejo encantado», se trataba de una pareja moderna y recién casada que, en la atmósfera nítida y despejada de su casa, coloca un espejo de cornucopia encontrado por la mujer en un anticuario. El hombre utiliza ese espejo para anudarse la corbata y controlar su aspecto, y poco a poco pierde su tranquila y burlona confianza para volverse más y más irracionalmente celoso. Ella no comprende las razones de su transformación. Hasta el día en que él, en plena furia posesiva, intenta estrangularla y en ese instante de peligro, ella ve que el espejo ya no refleja su diáfano dormitorio, sino un abarrocado salón con chimenea crepitante, de una época anterior. Ella logra entonces romper el cristal del espejo y el hechizo se disipa. Más tarde averiguará con el anticuario que en la casa de donde procedía había habido un asesinato por celos.

Sin embargo, Laski expone el motivo de un modo completamente personal y genuino. La protagonista de su historia es Melanie Langdon, una joven de familia burguesa, recién casada con un abogado bien situado y que se recupera de una tuberculosis desarrollada durante su embarazo. Obligada al reposo y sin haber podido ver apenas a su bebé, la joven Melanie se siente prisionera en su dormitorio. Aquí hay tal vez cierto homenaje al cuento de terror de Charlotte Perkins, *El papel pintado amarillo,* que sirve a Laski para conectar veladamente con una crítica feminista o con la denominada «locura gótica», como luego veremos. Además, Melanie se siente alejada de la vitalidad física y del éxtasis sexual al que alude con la misma *finesse,* cuando recibe alegremente la prescripción médica de levantarse de la cama y reposar en la vieja *chaise longue* victoriana, que compró por capricho cuando buscaba una cuna en un anticuario.

Pero tras adormecerse en su luminoso y cuidado saloncito, Melanie despierta en una habitación oscura y maloliente, rodeada de unos personajes desconocidos que le hablan con total normalidad, como si la conocieran. Así se descubre inmersa en un entorno lleno de secretos, de censura y de hipotéticos pecados que ni conoce ni comprende, y donde tendrá que luchar por su vida.

En cierto momento, Melanie entiende que el mueble en el que descansa es el único vínculo entre los dos mundos:

> *Y en el instante antes de darse cuenta de lo que estaba tocando, la inundó el mismo recuerdo que se había agitado en su interior al ver por primera vez la chaise longue en la calle Marylebone…, solo que ahora era más profundo, real e intolerablemente doloroso, un recuerdo de amor apasionado, el de un cuerpo que la oprimía y se fundía con el suyo, aplastado en la chaise longue victoriana.*

Las interrogaciones de la protagonista y sus intercambios con los distintos y oscuros personajes que la rodean, sumida en una inmovilidad mórbida que nos recuerda al peso de nuestro cuerpo en los sueños, le sirven a Laski para reflexionar sobre las condiciones en que vivían las mujeres victorianas. De ahí que la alusión al cuento de Charlotte Perkins encaje tan felizmente, como una forma más de intensificar la impresión de encierro, la imposibilidad de desarrollar los propios potenciales y talentos que enfermaban y enloquecían a tantas mujeres (como las primeras pacientes de Freud), constreñidas a vivir tan solo a través de sus maridos e hijos. De hecho, Laski no ahorra la crítica —sutilmente entroncada en la narrativa— de los roles y la misoginia de su propia época. Pero al mismo tiempo, esas interrogaciones expresan metafóricamente la complejidad de los distintos yos que conviven en nuestro interior, las contradicciones del deseo y los pensamientos en un ser humano.

Se trata de un terror de factura clásica en el mejor de los sentidos, terror psicológico y metafísico al tiempo, como ocurría con el espejo encantado de Hamer, y que, como apunta P.D. James, se basa en una confusión de identidad y en la angustia de verse «atrapado en unas circunstancias que el protagonista no comprende». Y es que este género, que en nuestros días se ha conectado tanto a la violencia y las vísceras, puede ser sutil y lograr un pequeño talismán literario como este, sin ayuda de catástrofes, excesos ni escatología *gore.* La atmósfera onírica, la intensidad de una pesadilla de la que no se puede despertar y la presión de una carrera contrarreloj para volver a su antigua vida se unen al dominio del ritmo y de la estructura, a las maneras literarias de la autora. Realmente Marghanita Laski y su

victoriana *chaise longue* merecen ser celebradas también por los lectores de este país.

Isabel Núñez, diciembre 2011

LA CHAISE LONGUE VICTORIANA & LA TORRE

MARGHANITA LASKI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

automática

«...muero en mi propia muerte y en las muertes de los que vendrán detrás de mí».[1]

T.S. Eliot

---

[1] Del poema *Un canto para Simeón,* traducción de Jose María Valverde. *Poesías reunidas,* 1909-1962, Alianza Editorial, 1967, 2023.

—¿Me da su palabra de honor —preguntó Melanie— de que no voy a morir?

El doctor dijo:

—Es una estupidez preguntarme eso. Por supuesto que vas a morir, y yo también, y Guy, y al final incluso Richard morirá. Lo que en realidad me estás preguntando es si vas a morir pronto de tuberculosis, y la respuesta a eso es no, aunque no voy a darte mi palabra de honor.

Melanie se incorporó del nido de almohadones.

—¿Por qué no? —inquirió—. ¿Por qué no lo hace, si está tan seguro?

—Túmbate —apremió el médico con severidad. Esperó a que ella se hundiera de nuevo, obediente, entre los grandes almohadones cuadrados cuyas fundas de lino rosa emitían el débil resplandor que las lavanderías competentes aún daban al buen lino; los almohadones prestaban su fulgor claro y rosado a la hermosa carita pálida, recubierta de una pelusa suave como la de un bebé.

—Con esos saltos que das —reconvino con fingido reproche—, no te extrañe que no te dé mi palabra.

Pero Melanie se sentía ahora más segura; ella estaba en su nido de almohadones y él tenía una sonrisa en el rostro. Se la devolvió con la intención de decirle tan solo que lo quería y que confiaba en él, y el médico se preguntó cómo era que la sonrisa de Melanie siempre parecía invitar a deleites que, estaba seguro, ella nunca había conocido.

—Hacía mucho que no te veía sonreír así —dijo; sí, hacía mucho, ahora que lo pensaba, desde…

—Ahora que sé que no voy a morir puedo sonreír. —Pero no pudo evitar alzar la voz en una interrogación al concluir la frase.

El doctor suspiró.

—Si llego a saber el escándalo que ibas a montar con el resultado, nunca te habría dicho que el test de Mantoux había salido negativo —dijo—, nunca te habría dicho nada.

Acercó la silla a la cama y, tras subestimar por enésima vez su peso, se preguntó irritado por qué Guy nunca le había explicado a Melanie que las sillas de papel maché con incrustaciones podían quedar muy

bonitas en la habitación de una señorita, pero que los visitantes masculinos deseaban algo más sólido para sentarse.

—Bien, ahora escúchame —instó—. Como te las has apañado para ser una chica obediente hasta ahora, hemos podido superar lo que podría haber sido una recaída grave, y si te permites restablecerte por completo y te tenemos vigilada, no hay razón alguna para que vuelva a ocurrir algo así.

—¿Ni siquiera si tengo otro bebé? —preguntó Melanie.

—Bueno, yo tampoco tendría *demasiados* —señaló el doctor con cautela—, pero el problema estaba latente antes de que concibieras a Richard. Dudo que se hubiera activado con tanta rapidez si no hubieses estado embarazada, pero, por supuesto, podía haber estallado en cualquier momento.

—Pero ha sido una suerte que tardara tanto, ¿no? —replicó Melanie, de nuevo sonriente.

—Una verdadera suerte —respondió el doctor en tono fúnebre. Melanie no debía llegar a comprender lo afortunada que había sido, ya que, tras arriesgarse a que el embarazo siguiera su curso, la mancha sospechosa se había activado solo después de que el bebé fuera viable, de modo que la inducción urgente que se le realizó pudo darle un hijo sano—. Pero eso fue hace solo, déjame pensar, siete meses —dijo él, siguiendo el curso de su pensamiento más que el de la conversación—. No puedes sobresaltarte, al menos durante un tiempo todavía. Vamos a pasar este verano con tanta paz y tranquilidad como podamos, y en cuanto el tiempo empiece a estropearse, ¡hala!, a Suiza con tu maridito, que tiene que vigilarte.

—Y Richard —dijo Melanie, aún incapaz de sentir la seguridad suficiente como para no temer ni desconfiar de lo que queda sin decir.

—Y Richard —asintió el médico—. ¿Tiene ganas la niñera de pasar una temporada entre forasteros?

—La hermana Smith dice que sí —afirmó Melanie. Estaba empezando a agitarse. Pronto, el doctor lo sabía, estaría desbordante de nerviosismo, risa y vivacidad; poco después, las aún escasas reservas de salud se consumirían y al día siguiente Melanie estaría acostada, exhausta, suplicándole de nuevo febril que le prometiera

que no iba a morir.

—Pero mientras tanto —recalcó— tenemos que seguir exactamente como hasta ahora; nada de travesuras ni emociones, y el mayor cuidado y prudencia. Tienes que cuidarte como si… —Sus ojos recorrieron la bonita habitación, se posaron en el sedoso papel color crema de las paredes, en las cortinas del mismo color crema brillante estampadas con enormes rosas, en el cabecero de palisandro decorado con juguetones bronces franceses, y después se dirigieron al espejo de volutas del tocador, a los rubicundos querubines que gateaban por guirnaldas de flores coloridas, para encontrar allí su analogía y concluir—: …como si fueras una pieza de porcelana de Meissen.

—¿Quién es una porcelana de Meissen? —inquirió Guy, que entraba con dos vasos de jerez—. ¿Es mi Melly una porcelana de Meissen? —preguntó juguetón mientras tendía uno de los vasos al doctor y a continuación se sentaba en la cama, sin olvidarse de colocar en primer lugar el suyo en la mesilla de noche para subirse los sobrios pantalones de rayas, emblema del prometedor joven abogado, del prometedor joven todo afabilidad y simpatía. «¿Por qué no acaba de caerme bien? —se preguntó el médico—. En realidad nunca esperé… Al fin y al cabo, conozco a Melanie desde que era una niña», y, una vez más, apartó de sí aquel molesto pensamiento al tiempo que se decía con severidad que no pensaba tener paciencia con esas estupideces psiquiátricas. Cualquiera tendría envidia de un joven tan bien preparado, con tanta confianza en sus posibilidades que podía permitirse abandonar un bufete apenas inaugurado para acompañar a su mujer a Suiza durante seis meses. «Y otra cosa buena —decidió con malicia—, a juzgar por las delicadas maneras de don Guy, no se diría que es un hombre que ha pasado los últimos meses privado de su objeto de deseo».

—Le estaba diciendo a Melanie que así es como tiene que cuidarse —resumió.

—Y así lo hará —lo tranquilizó Guy—. ¿No es verdad, mi amor?

Empezó a juguetear con los dedos de Melanie y su voz adquirió una pomposidad humorística y fingida (sin embargo, no del todo) al añadir:

—El uso del giro «porcelana de Meissen» como sinónimo de fragilidad cara sugiere que había unas lagunas lamentables en la supremacía británica sobre los mercados internacionales del siglo XIX. Y qué extraño que fueran los alemanes, que constituyen casi un sinónimo de pesadez, torpeza, y de todo lo que se considera la antítesis del objeto del que hablamos, quienes proporcionaran el giro que nos viene a la mente cuando es necesario advertir a Melanie de que debe ser el centro tanto de nuestros incesantes e inagotables cuidados… —Necesitaba respirar de nuevo, después de todo, para terminar la frase; lo hizo del modo más discreto posible, y concluyó, triunfante—: …como del suyo propio.

—Qué listo eres, cariño —exclamó Melanie con adoración—. Me siento tan tonta en comparación contigo.

—Pero me gusta que seas tonta —respondió Guy.

«Y así es —pensó el doctor Gregory mientras los observaba—. Solo que Melanie no es la tontita que él se cree, ni mucho menos, es solo la criatura puramente femenina que se adapta a lo que su hombre quiere que sea. Tampoco diría que es inteligente, más bien astuta —interrumpió sus pensamientos, algo desconcertado ante la palabra que había escogido, pero continuó con resolución—: Sí, astuta como un grupo de monos si se viera en la necesidad. Pero no se verá», se dijo, y se preguntó por qué se sentía tan aliviado al saber que Melanie recibía amor y protección y que, hasta donde podían estar seguros, estaba a salvo.

La observó entonces hacer pucheros mientras le comunicaba a Guy con fingida aflicción:

—El doctor Gregory no quiere prometerme que no me voy a morir. —Y ambos esposos, con las manos aún enlazadas, lanzaron una mirada casi furtiva hacia el médico, sin atreverse a permitir que sus rostros revelaran diversión ni temor.

El médico echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Estás intentando chantajearme, jovencita —advirtió—, y no voy a permitir que te salgas con la tuya. Es la última vez que te sermoneo. Hace catorce meses, siete meses antes de que naciera Richard, el doctor Macpherson y yo descubrimos una mancha sospechosa en ese pulmón izquierdo tuyo, y ambos sugerimos que tal vez no era

buena idea seguir adelante con ese embarazo en particular, e intentarlo de nuevo más adelante, cuando todo se hubiese aclarado. Pero, con buen criterio, según resultó (o según esperamos que resulte), te dejamos quedarte con él a condición de que, si las cosas empeoraban, no habría bebé que valiera hasta la próxima vez, y que esa vez podría estar muy lejos aún. Cuando dijimos esto, ambos teníamos la esperanza de que la mancha sospechosa permaneciera tal cual, ya lo sabes, pero se hizo maligna, como suele ocurrir, y pese a que, con la mayor de las suertes, te hemos obsequiado con un bebé fuerte y sano, tienes que recordar que has tenido bastantes bacilos tuberculosos flotando en tu interior.

Pero Melanie había dejado de escuchar. Le gustaba que le dieran el discurso, le gustaba aquella solemnidad que se concentraba de modo tan definitivo en ella, pero nunca escuchaba la advertencia que venía tras el final feliz.

—El doctor Gregory habla como si fuera él quien fabricó el bebé —le dijo a Guy—, pero no es así, fuimos nosotros, ¿a que sí?

—Nosotros solitos —convino Guy, pero añadió con cortesía hacia el médico—: aunque debo admitir que hemos contado con una ayuda muy necesaria en el proceso. Acabo de subir a verlo —le dijo a Melanie—. Estaba tumbado boca abajo mientras le limpiaban el culito, chupándose el dedo con furia.

—¡Oh, qué monada! —exclamó Melanie. Sus ojos volaron de su marido al médico para interpelarlo—: ¿Cuándo voy a ver a mi bebé en condiciones? ¡No quiero que me lo enseñen desde la puerta, lo quiero aquí, aquí, aquí!

Palmeó la cama junto a ella, allí donde debería estar tumbado el bebé y donde nunca había estado.

El médico suspiró, consciente de que sus advertencias habían sido vanas, y se preguntó si debería recordarle una vez más que tenía que evitar a toda costa cualquier tipo de emoción y de trastornos —aunque la emoción y los trastornos, siempre lo había sabido, eran la respuesta de Melanie ante la vida—. Había pasado ocho meses obedientemente encamada, pero con una inmovilidad desbordante de ira y resentimiento, y nunca con la relajación requerida. Sus grandes ojos azules delataban una tristeza, una impaciencia y un

ansia tan apasionadas que apenas necesitaba la voz que se le había instado a usar en contadas ocasiones, tan solo para hablar de necesidades esenciales y no para desperdiciar el aliento en quejas y amor. Cada día, al entrar en el cuarto, el doctor buscaba resignación en los ojos de Melanie, pero ahora sabía que jamás la encontraría, que siempre vería resentimiento y rabia hasta que pudiera permitise de nuevo mostrar su alegría.

Había que reconocer, admitió el médico para sus adentros, que Melanie empleaba en estar tumbada la misma energía que muchas mujeres en un día de compras. Volvió a repetir la advertencia.

—Solo has tenido un resultado negativo, solo uno, ¿sabes? Y ya te comportas como si pudieras escalar el monte Cervino.

—Lo siento —contestó Melanie en tono suplicante—, pero ha sido el test lo que lo ha provocado. He sido buena durante mucho tiempo y, de repente, al saber que el test ha salido bien, me pareció que por fin habíamos llegado a algún sitio, y siento que no puedo más. Tiene que ocurrir algo, algo nuevo y emocionante.

«Será mejor que se lo diga», decidió el doctor.

—Muy bien, vamos a dejar que ocurra algo, algo de veras muy emocionante. Esta mañana le he explicado al doctor Macpherson el resultado de tu último análisis cuando lo he visto por el hospital, justo antes de venir aquí, y hemos acordado que, si obtenemos tres resultados satisfactorios consecutivos, te dejaremos jugar con Richard.

Como había previsto, antes de que hubiera terminado, Melanie estaba por completo erguida en la cama, poseída por la emoción. Suspiró con teatralidad y, de inmediato, se desplomó otra vez.

«Por qué no podrá hacer las cosas con delicadeza, en nombre de Dios», musitó el doctor para sí.

Incluso ahora, aun dócilmente recostada, se aferraba a la mano de Guy con tanta fuerza que se le dibujaba el músculo del brazo, en tensión.

—¿Has oído eso, cariño, lo has oído? —le gritó a Guy—. ¡Va a darme a mi bebé! Oh, Guy, ¿crees que me reconocerá? Será horrible si no le gusto… ¿Crees que es demasiado tarde?

«Si no la distraemos, en menos de un minuto habrá estallado en

llanto», pensó el doctor en tono fúnebre. Y dijo:

—Y ahora que tienes un objetivo para quedarte tranquila, ¿qué te parece un capricho que lo acompañe? Si es que puedes estarte quieta un minuto para que te lo explique.

—Por supuesto que me estoy quieta. Ya estoy quieta —replicó Melanie con voz cargada de reproche al tiempo que levantaba hacia él unos grandes ojos suplicantes.

—¿Qué te parecería un pequeño cambio de perspectiva? No es que no sea bonito mirar por esta ventana, con todas esas acacias, pero posiblemente estés un poco harta de ellas, y los cambios siempre sientan bien.

—¿Quiere decir —exclamó Melanie— que voy a poder salir de esta habitación?

El doctor asintió.

Al principio, cuando decidieron comprarse la casa, encantados ante la estupefacta incredulidad de ambas parejas de progenitores, que insistían en que no se podía vivir allí, en las traseras de los raíles, al lado del canal, por favor, si aquello no era mejor que una chabola, Melanie jamás habría podido imaginar que la hermosa alcoba que en su día diseñó le parecería algún día una prisión. Cuánto habían saboreado la informada superioridad con la que habían desoído las protestas indignadas de sus padres, señalando que un artista y un arquitecto ya habían comprado y reformado hogares en aquella hilera olvidada y escondida de estilo Regencia («Ni los artistas ni los arquitectos son abogados —había dicho el padre de Guy—. Esa gente no ve las cosas como nosotros»), y después se habían restaurado y reformado dos casas más, la de un joven catedrático y la de un alto funcionario cuyo nombre incluso sus padres conocían, lo cual dejaba en manos de la clase obrera solo una casa, objeto de complicadas conspiraciones urdidas por los demás propietarios en veladas veraniegas en las que se llevaban sus vasos de jerez a los jardincillos delanteros, tras el camino pavimentado de los cordeleros que bordeaba el canal. Y cuánto habían cambiado las casas desde que llegaron los Langdon, dos años atrás. Entonces todas parecían iguales, con los ladrillos sucios, la pintura sucia y las cortinas de encaje sucias, y solo se diferenciaban los jardines: uno de rocas,

otros con gnomos y otro con verjas verdes y blancas en miniatura. Ahora los jardines eran idénticos, cada uno con su pulcro pavimento de gruesas piedras rectangulares, una mesa y unas sillas de hierro a juego, esbeltas y pintadas de blanco; y eran las casas las que se diferenciaban de las de los vecinos, ya fuera por la puerta delantera gris, la turquesa, la negra brillante o la de roble ligeramente ahumado, refinada a conciencia; por el estudio sobre la casa del artista, o por el nuevo piso de arriba en la de Guy y Melanie, regalo de sus padres, para albergar al bebé venidero en una habitación de noche, otra de día y un baño.

—¡Por supuesto que debes elegir los colores! —la animaba y engatusaba la hermana Smith cuando Melanie apartaba de sí las muestras con la excusa de que nada de aquello tenía importancia, ya que de todos modos el bebé no iba a sobrevivir ni ella tampoco. La hermana había tenido razón en insistir con tanta paciencia en que fuera Melanie quien debía escoger, pues aquello significaba que, cuando dejaba volar sus pensamientos por la casa, sabía que la habitación de día del bebé era blanca y escarlata y la de noche, amarilla y azul; pero pese a que la hermana había intentado mantenerla ocupada en organizar pequeños planes, nunca acababa de visualizar las habitaciones y no estaba segura de cómo era el sillón de lactancia en tres dimensiones, sino que siempre lo veía en forma de rectángulo sobre una hoja de papel en cuyo interior ponía, con la letra de la hermana, «sillón de lactancia», y la única realidad tridimensional que le quedaba era el dormitorio, del que cualquier rastro de amor y alegría se había evaporado desde hacía tiempo.

—Creo que esto se lo dejaré a la hermana —dijo el doctor Gregory mientras se levantaba de la silla y abría la puerta que llevaba a la salita, donde la religiosa esperaba con paciencia (Melanie la veía desde la cama), de pie junto la ventana hojeando el nuevo *Vogue*; siempre abandonaba la habitación en cuanto terminaba la parte estrictamente profesional de la consulta, pero se quedaba esperando en la salita por si se la requería en lugar de subir a la habitación azul y amarilla de noche del bebé, donde dormía; la niñera no había puesto ningún reparo en ello: tal y como estaban las cosas, ella y el bebé podían apañarse perfectamente con el dormitorio delantero.

—Le he dicho a la señora Langdon que creemos que se merece un cambio de perspectiva —anunció el médico en tono jovial, y la hermana igualó su afabilidad con su voz cálida de irlandesa.

—Supongo que no dirá que no a eso —respondió, y ambos miraron con benevolencia a Melanie, la niña buena a quien se agasajaba.

—Vamos a ver —dijo el doctor Gregory, de nuevo con su voz de científico, mientras realizaba una evaluación profesional de la situación—. Aquí estás cara al este, ¿no? Así que ya recibes todo el sol matinal posible. Pero si te trasladamos a la salita por las tardes, podemos tostarte a base de bien, si ese bendito sol de verano decide salir de una vez.

—No tiene sentido trasladarme si sigue lloviendo —alegó Melanie al descubrir que un cambio, después de tanto tiempo, le resultaba alarmante.

—Siempre son los afortunados los que más se quejan —replicó la hermana, sin demasiada ligereza—. No me sorprendería lo más mínimo que incluso el sol hiciera un esfuerzo especial por brillar para usted.

—La cuestión práctica que debemos considerar —continuó el doctor Gregory— es si con lo que tenemos en la salita podemos acomodarte.

Abrió de nuevo las puertas correderas y Guy se levantó de la cama de Melanie para ir a mirar sobre el hombro del doctor.

A primera vista no era muy prometedor. Frente a la chimenea había un pequeño diván de estilo Imperio en el que Guy y Melanie siempre habían evitado sentarse, aunque los visitantes nunca habían manifestado queja alguna: nadie podía negar que era en extremo agradable de ver y que encajaba a la perfección con las elegantes urnas doradas del papel pintado, imitación de Imperio. Había dos cómodos sillones modernos y una sillita acolchada de respaldo rígido sin brazos en la que Melanie se había imaginado sentada tejiendo en los últimos meses del embarazo, con su cabeza dorada inclinada sobre la lana blanca y el rostro absorto, tocado por una gracia que compensaría la desproporción de su cuerpo. Pero antes incluso de comprar la lana para tejer, Melanie se había visto

confinada, indefensa y enfurecida, en su lecho, y había sido la hermana Smith quien había efectuado la labor junto a ella, con presteza y esmero, pero seguro que no con el mismo amor. Los recuerdos de Melanie siguieron la mirada escrutadora del doctor por la salita, y cuando este se giró hacia Guy para decir: «No veo dónde…», Melanie lo interrumpió con ansia:

—Podría tumbarme en la *chaise longue.*

—¿La qué? —exclamó el doctor mientras se volvía con rapidez, y Guy se hizo eco:

—Sí, tiene toda la razón. ¡Mire! —Y, tomando del brazo al doctor, lo hizo rodear la puerta para ponerlo frente a la pared que se disimulaba al otro lado del vano. Y allí estaba la *chaise longue.*

Era fea, tosca y extraordinaria, tenía una longitud de poco más de dos metros y una anchura proporcional. El cabecero y los pies del asiento se rizaban como si fueran a encontrarse y sujetaban, sobre las patas y el armazón cuidadosamente labrados, una superestructura de fieltro de un carmesí granate. En el extremo derecho se enrollaba hacia atrás un respaldo curvo y mullido que formaba una espiral tallada, tapizado hasta la mitad, cubriendo un armazón labrado. Su ancestro de estilo Regencia había sido, con toda probabilidad, delicado y fascinante; su descendiente era zafio y habría resultado por completo inadmisible en un hogar como el de Melanie y Guy si no fuera por la calidad singular del bordado en punto de cruz con lana de Berlín que se extendía formando enormes rosas brillantes sobre el fieltro raído, sobre el respaldo curvo y desde la parte superior del reposacabezas hasta el final del asiento.

—¡Qué trasto tan monstruoso! —exclamó el doctor—. ¿De dónde lo habéis sacado? —Y, sin esperar respuesta, añadió—: Creo que nos vendrá como anillo al dedo.

Melanie había encontrado la *chaise longue* victoriana en su último día de libertad, cuando la nube amenazante de su pulmón no era mayor que una mano y su imaginación aún podía compensarla con caprichos como la *chaise longue*.

—Creo que el próximo reconocimiento tendrá que ser en mi consulta —había sugerido el doctor Gregory cuando lo llamó para

transmitirle la maravillosa noticia de su embarazo—. Porque necesitaremos un chequeo exhaustivo. —Y así, el día antes de encontrar la *chaise longue* había visitado obedientemente al doctor Gregory en su casa larga y estrecha, tras la calle Marylebone.

—Ya puedes vestirte —había dicho el médico antes de desaparecer y, cuando Melanie salió de detrás del biombo, él levantó la vista de sus notas con un gesto extraño en el rostro, para confiarle a continuación—: Creo que quiero que te vea un especialista.

Melanie se había reído ante su inesperada expresión de inquietud, y la risa acarreó, como a menudo hacía, esa tosecita dolorosa que ella atribuía al exceso de tabaco. Mientras luchaba por recuperar el aliento entre la risa y la tos, se las había apañado para balbucear:

—Bueno, no se ponga tan serio, concierte la cita cuando le venga bien. —Y el miedo surgió cuando el doctor Gregory respondió en tono grave:

—La concertaré para mañana.

El médico abandonó la habitación y Melanie escuchó la campanilla que sonaba al descolgar el auricular del teléfono, pero la puerta y la pesada cortina que colgaba encima amortiguaron el sonido de lo que dijo. Se sentó en el escritorio, con el ceño ligeramente fruncido, sorprendida ante su propia sensación de intranquilidad, porque ¿acaso no era eso lo que todos alababan en el doctor Gregory, que nunca dejaba cabos sueltos, sino que te mandaba a un especialista en cuanto tenía la menor duda? Entonces el doctor regresó a la habitación y dijo con brusquedad:

—La secretaria del doctor Macpherson ha conseguido encontrarte un hueco para mañana a las doce y cuarto. Aquí está la dirección. Nos veremos allí.

Melanie había cogido el retazo de papel que le tendía con una estupefacción recelosa y, para ahuyentar su propia incertidumbre, declaró, con tan solo una sombra de interrogación:

—Supongo que el tal doctor Macpherson es ginecólogo, ¿no? —Y la pausa que precedió a la respuesta del doctor Gregory no solo no disipó su miedo, sino que lo confirmó.

El doctor Gregory había puesto un dedo sobre el pesacartas que había sobre su escritorio para presionar la báscula, y después la soltó

con un repiqueteo metálico. Sin mirar a Melanie, sino a la máquina, había explicado con una despreocupación demasiado cautelosa:

—No, en realidad no es ginecólogo. De hecho, es *el* especialista de tórax, seguro que has oído hablar de él, Horace Macpherson. Solo quiero que te eche un vistazo. No hay nada como tomar todas las precauciones posibles a tiempo, ya lo sabes. —Y a continuación levantó la vista hacia ella y le sonrió como pidiéndole que se dejara consolar.

Pero había demasiada intranquilidad en el ambiente como para que así fuera.

—Cree que tengo tuberculosis —había confesado Melanie entre sollozos a Guy en cuanto este llegó a casa aquella noche, implorándole que lo negara con la suficiente vehemencia como para hacerlo parecer inverosímil, pero todas las negaciones que él podía ofrecer no iban más allá de las palabras, y pronto ella se encontró intentando acallar las dudas y el miedo *de él*.

—Pero eso es una locura —decía Guy—, lo sabes, ¿no, cariño? Aunque, eso sí, tiene razón en tomar todas las precauciones posibles.

Y Melanie replicó:

—Bueno, por supuesto que no es nada, cariño, claro que es buena idea estar totalmente seguros, y mañana nos estaremos riendo de esto, es solo que esta noche… —Susurraba en los brazos de Guy, entre las sábanas rosas de lino—. Ya sé que es una tontería, cariño, claro que es una tontería, pero es que estoy tan asustada… —Hasta que muy tarde, mucho después de medianoche, él le hizo el amor, en una intento desesperado de sentirla viva a su lado, de que sus dos cuerpos se unieran en la cumbre de la vida. Pero en vano. La incapacidad de Melanie para responder pareció un fracaso simbólico, y poco después ella se disculpaba entre lágrimas, diciéndole que sabía que no servía de nada, pero que no podía dejar de pensar en el día siguiente. Aquella había sido la última vez que habían estado uno en brazos del otro y habían hecho el amor.

Y sin embargo, fue en el amor en lo que pensó Melanie al ver por primera la vez la *chaise longue* victoriana. Había salido de casa demasiado pronto para la cita, pues aquella mañana la hasta entonces deliciosa rutina había sido imposible.

—Pida lo que quiera, Trude —había delegado, sin ánimo para una larga discusión, los pedidos telefónicos a los amables tenderos: la agradable conciencia de realizar las tareas cotidianas—. Diga que he salido —gritó cuando sonó el teléfono. Normalmente, cuando terminaba sus tareas, se sentaba en el asiento de la ventana de la salita y se quedaba mirando el oscuro canal brillante, con toda su mente absorta en pequeños y en grandes deleites, pero aquel día no había ido a la salita, sino que había cogido el coche y se había marchado a deambular por las anchas calles abandonadas por detrás la casa, a través del tráfico espeso de los comercios cercanos a las estaciones, por la calle Euston hasta llegar a la calle Harley. Y allí estaba, demasiado temprano; así que arrancó de nuevo el coche y condujo por las callejas entre Harley y Baker; giró, puso intermitentes, cambió de marcha y siguió conduciendo porque era algo que hacer más allá de esperar y tener miedo, hasta que, por detrás de la calle Marylebone, topó con una tienda de antigüedades que ni ella ni Guy habían descubierto.

Las tiendas de antigüedades, o chamarilerías, como ellos las llamaban, eran su afición común. Los sábados por la mañana, vestidos como gente que regateaba no por placer sino porque se veía en la necesidad (o así lo creían ellos), dejaban el coche bien lejos y recorrían arriba y abajo las calles Chalk Farm, Portobello, o Saint Christopher en busca de destellos hermosos que embellecieran su nido.

—Necesitamos de veras una cristalería esmaltada para nuestro comedor —decía uno u otro—, una campanilla de porcelana victoriana para la habitación, un atril de bambú. Y la necesidad era real, aunque el objeto en el que se concentraba no fuera más que una justificación aleatoria. Así pues, «necesito de veras una cuna», se dijo Melanie cuando vio la tienda hasta entonces desconocida, y recordó la cuna del hijo de Napoleón, del rey de Roma, sobre la que había leído de pequeña, una que tenía forma de barco con una proa dorada, e imaginó una cuna así sobre las flores bordadas en hilo de la alfombra, ante el fuego de la salita, que ella mecería con el pie para contento del bebé, regordete y amodorrado, que se chupaba el pulgar, ajeno a la decorosa ingesta de jerez que se llevaba a cabo en

su presencia.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó al elegante joven (de la nueva escuela de dependientes, pantalón estrecho, batín de terciopelo), obedeciendo a la creencia de que, si te interesabas de inmediato por un determinado objeto, arruinabas por completo tu ventaja en el regateo. Así que observó un escabel de canutillo con fingido ensimismamiento, preguntó el precio de un Bartolozzi sepia impreso sobre alabastro satinado en descomposición y, a continuación, tras dejarlo donde estaba con apariencia de haberse arrepentido, preguntó con despreocupación, como si se le acabara de ocurrir, si por alguna casualidad no tendrían una cuna.

Pues sí que tenían, respondió el joven, pero estaba en el sótano, si no le importaba bajar, cuidado con las escaleras, disculpe el polvo. «Es un milagro», pensó Melanie, como siempre que tenían lo que quería arrumbado por algún sitio, y al bajar a tientas los escalones de piedra olvidó, por primera vez, la cita que la esperaba a las doce y cuarto.

Pero, como muchas otras veces, el milagro falló, y, del mismo modo en que la cristalería esmaltada se convirtió en porcelana azul brillante y la campanilla de porcelana victoriana fue irremediablemente eduardiana, la cuna acabó siendo jacobina, de roble oscuro labrado y pasada de moda por completo.

—Yo tampoco puedo decir que me guste —admitió el joven—. Posiblemente irá a América. Allí las piden mucho, para guardar leña, ¿sabe?

—*Mi* cuna tendrá un bebé dentro —proclamó Melanie con orgullo, y disfrutaron de un momento de superioridad lleno de comprensión, ingleses pobres pero sensatos que no habían perdido de vista los objetivos importantes.

La *chaise longue* victoriana estaba apilada del revés en la cima de una montaña de muebles, con sus patas desgarbadas rasgando el aire como una oveja sin esquilar que se hubiera caído de espaldas, y los ricos bordados color granate de su parte inferior cayendo como un dosel sobre el aguamanil con acabado de mármol que estaba encima de la mesa redonda de caoba.

—Esto parece interesante —señaló Melanie, aunque añadió con

cautela—: Dios sabe qué se puede hacer con él.

—Me temo que no está muy bien conservada —la previno el joven —. No hay mucha demanda. Tenemos una tumbona pequeña de estilo Regencia que podría gustarle, si ese es el tipo de mueble que está buscando.

—Es este el que se me ha antojado —replicó Melanie olvidando de repente la necesidad de fingir desinterés y mostrando un profundo deseo por aquel diván victoriano.

—Bueno, se lo bajaremos para que pueda echarle un vistazo en condiciones —ofreció el joven. Llamaron a Hal, que salió del taller trasero para levantar, poner de pie la *chaise longue* y, por fin, colocarla sobre el suelo de losas polvorientas.

—Parece que tiene una pequeña mancha —observó el joven colocado junto a Melanie mientras bajaba la vista hacia el mueble. Señaló una sombra pardusca sobre el asiento que ensuciaba una rosa pálida del estampado y el fieltro rojo oscuro por debajo, parecía que hubieran vertido allí algo por descuido.

—Apenas se ve —adujo Melanie, como si fuese ella la vendedora.

—¿Tiene sitio para ella? —preguntó él, que aceptó a su vez el intercambio de papeles y se desentendió de la tarea de alabar y tentar el dubitativo retraimiento del cliente.

—Le haré sitio —respondió Melanie—. Me tumbaré en ella cuando nazca el bebé —explicó sin advertir que era la primera vez que señalaba su embarazo a un desconocido. Gracias a la costumbre, para ella deliciosa, de perderse en ensoñaciones, trató de representarse a la madre, joven y frágil, entre las nubes vaporosas del salto de cama, entre los rostros tiernos de amigos solícitos y llenos de admiración, pero la imagen no pasaba de palabras que no sentía y, en lugar de aquello, solo estaba la necesidad física de tumbarse en la *chaise longue* victoriana. Eso y la abrumadora certeza, o quizá era un recuerdo, de otro cuerpo que aplastaba dolorosamente el suyo contra la lana de Berlín.

Pero aún no se había recostado en ella. El joven no pidió un precio alto, ni ella intentó rebajarlo. La adquirió por una suma ridícula y abandonó la tienda para acudir a su cita en la calle Harley; pero para cuando llevaron la *chaise longue* a la casa del canal, el cuerpo de

Melanie estaba confinado a la soledad del dormitorio detrás de la salita y pasaba todos los momentos de vigilia sumida en un llanto de desesperación.

—¿Es lo bastante cómoda? —preguntaba en ese momento el doctor Gregory, y Melanie le oyó palmear la *chaise longue* con fuerza a través de la puerta corredera—. No está mal en absoluto—dijo sorprendido—. Debe de ser crin; los rellenos antiguos de crin están infravalorados. —Y, tras regresar a la habitación, añadió—: Bien, Melanie, ¿te apetece pasar la tarde sobre estas rosas horribles?

Así que la colocaron allí después del almuerzo, no sin antes decirle a Trude que le diera un buen cepillado al sofá y encendiera un fuego en la chimenea de acero pulido. Guy apartó el pequeño sofá de estilo Imperio y con cierta dificultad colocó la *chaise longue* en su lugar, con el cabecero hacia los delicados ventanales, y la hermana, a continuación, tras buscar con la niñera en el armario de la ropa de cama, trajo unas cuantas mantas rosas que colocó en forma de nido suave y cálido.

—Ha llegado el gran momento —dijo Guy mientras sacaba a Melanie de la cama y atravesaba con ella en brazos las puertas correderas hasta la *chaise longue,* con la hermana pisándole los talones, preparada para envolver de inmediato el cuerpo delgado de Melanie con las mantas.

Ambos se quedaron de pie junto a la *chaise longue,* con una mirada triunfante puesta en ella, pues allí estaba la prueba que confirmaba las palabras de esperanza que tanto se habían repetido aquellos meses —«No, no vas a morir…», «Sí, estás mejorando…», «Claro, de verdad, te lo prometo, te lo juro…»—.

—Estoy casi mejor —dijo Melanie con delectación, y Guy le cogió la mano para llevársela a los labios.

—Estás casi perfectamente bien —corrigió, y añadió con ardor—: ¡Cariño! ¿No es fantástico? —Mientras la hermana, cual artesana satisfecha, sonreía con orgullo.

—Debo volver —dijo Guy—. A las tres vienen unos clientes al bufete.

—Lo mejor que puede hacer ahora la señora Langdon —señaló la hermana— es echarse una cabezadita, después de tantas emociones.

—Volveré para el té si me es posible —prometió Guy, y la hermana añadió:

—Esa es una gran idea. Pueden tomar hoy el té juntos en su salita como personas normales; si eso no es un lujo, entonces no sé qué podría serlo. ¿Quiere que corra las cortinas, señora Langdon? —preguntó, pero Melanie rehusó; la vista y la luz del sol la ayudarían a dormir.

—Entonces dejaré que el señor Langdon termine de cerrar —concluyó, y se dirigió entre susurros al dormitorio, cerrando las puertas correderas tras de sí.

—¡Cariño! —exclamó Melanie al tiempo que tendía los brazos hacia Guy; él se acercó y la estrechó contra sí. Era el primer abrazo desde hacía tiempo que contenía una cierta promesa de felicidad continuada.

La primavera irrumpía a través de las ventanas abiertas. Desde el sofá, bañada en una suave y dulce brisa, Melanie no podía ver el canal vecino a la casa, pero fluía por su imaginación, oscuro, tranquilo y hermoso. En el extremo más lejano se alzaba una orilla abrupta hasta un terreno baldío y desolado, y de una de las zarzas que lo cubrían salía una rama curva, alta y libre, que cruzaba el cielo azul que se veía por la ventana; hojas oscuras y flores de un rosa como de papel bañadas en luz se balanceaban débilmente por el cielo azul pálido. Amodorrada, Melanie contemplaba las flores y el cielo, y los ruidos de la ciudad (el suave rugido continuo del tráfico, el silbido de la furgoneta del lechero que se detenía y arrancaba en la calle trasera) se extinguían junto con su progresiva y beatífica pérdida de inmediatez. Un niño llamaba a otro en los jardines que surcaban la hilera de casas y, poco a poco, esas claras voces incoherentes se desvanecían y perdían. Casi dormida, casi dormida… Empezó a sonar el oboe: «Esa es Elizabeth, en la casa de al lado», pensó Melanie contenta de reconocer su último pensamiento antes de la informidad mental del letargo. Y allí tumbada, casi dormida, rozando el sueño, tenía una irreflexiva conciencia del cielo, de las flores y de la música, de la brisa caldeada por el sol sobre su cuerpo que le traía por fin la seguridad de una felicidad venidera. El tiempo

se eclipsó, la carga solitaria de la vida humana se transformó en gloria y Melanie, arrebatada por el éxtasis, se durmió.

⁂

Abrió los ojos y estaba oscuro. «Aún estoy dormida», pensó, y volvió a cerrar los ojos; pero pronto se dio cuenta de que aquello que se imponía en su cerebro no era el delicioso caos del sueño. «Bueno, ahora sí que estoy despierta», se dijo; volvió a abrir los ojos y de nuevo estaba oscuro, era una oscuridad cargada de un ligero olor a podrido.

Al mover un poco la mano rozó lo que cubría su pecho; no era el tacto de la suave lana rosa, sino algo desconocido, basto y áspero. Ni el tacto, ni el olor ni la oscuridad le eran familiares. Aquel pensamiento de que todo le pareciera ajeno resultaba en cierto sentido intemporal.

Al abrir la boca brotó, no el aullido que ensordecía su cerebro, sino un maullido ahogado que se dispersó tan pronto como sonó, sin dejar rastro alguno, y el tiempo que transcurría seguía siendo impredecible. Después se oyó algo, una puerta que se abría (pero le llevó largo rato traducir el sonido en algo comprensible), y una mujer preguntó:

—¿Y bien, Milly? ¿Ya estás lista para despertarte?

Una voz corriente, una voz cruel, firme y dominante. Una voz que no se dejaba conquistar por fuerzas superiores, la voz de la pesadilla que nos inmoviliza los miembros en una terrible parálisis mientras el peligro acecha, hasta que por fin se abalanza sobre nosotros. «Estoy dormida», se dijo Melanie al tiempo que le ordenaba a su cerebro despierto que lo admitiera y se mantuviera en calma, con los ojos cerrados para no ver siquiera las desagradables formas de color verde, escarlata y amarillo tras los párpados sellados con una fuerza tremenda. Entonces se oyó una fuerte sacudida y casi al mismo tiempo otra, y la conciencia de la luz penetró entre los párpados, forzándolos a abrirse.

Miró en dirección al ruido, hacia la esquina superior derecha de una ventana; primero la vio cubierta por unos abigarrados visillos de

encaje superpuestos a un cielo gris plomizo; después —al ensancharse su visión sin que mediara deseo o voluntad— divisó la barra gruesa de caoba en la parte superior de la ventana, los aros de metal que aún temblaban ligeramente; por debajo, las cortinas afelpadas y oscuras de color marrón rojizo que todavía se balanceaban y, con la mano puesta en la presilla de volantes que separaba las cortinas oscuras de los visillos de encaje, a una mujer.

—¿Quién es usted? —susurró Melanie, y después cada vez más rápido—: ¿Quién es usted? ¿Quién es usted?

—Ya basta —respondió la mujer—. Despiértate de una vez y déjate de tonterías. —Deslizó el aro de metal de la presilla por el gancho del marco de la ventana y, a continuación, sacudió los pliegues de las cortinas para disponerlos en simetría con los del otro lado.

—Otra vez esa fastidiosa niebla. —La «a» era corta y abierta.

Melanie musitó con cuidada articulación:

—Estoy dormida. ¿Puede marcharse para que cierre los ojos y me despierte? —No cerró la boca al terminar; quedó suspendida con flacidez, del mismo modo que ella misma estaba suspendida en aquella intemporalidad del sueño.

La mujer se encogió de hombros y, por primera vez, Melanie tradujo lo que observaba en palabras mentales. «Tiene los hombros torcidos», se dijo en silencio, pero no examinó el significado de aquel pensamiento, sino que se limitó a tratar de sofocarlo porque había surgido en forma de palabras y, en cuanto los pensamientos tomaban forma de palabras, la mente consciente las usaba cada vez más, hasta que resultaba imposible volver a dormir y solo quedaba despertarse.

—Pero si lo que quiero es despertarme —profirió en voz alta, llena de desconcierto.

—Recomponte, Milly. Una señorita puede despertarse sin todo este jaleo. —Aunque no fue «señorita» lo que dijo, sino algo parecido a «sita», y, mientras hablaba, se alejó de la ventana para colocarse a los pies de Melanie, entre ella y la chimenea.

—¿Por qué lleva esa ropa? —preguntó Melanie. Todas las palabras que había pronunciado desde que abrió los ojos por primera vez brotaban de su boca sin que mediara pensamiento ni voluntad, y tan

solo ahora, tras formular la pregunta, miró a la mujer, es decir, la miró conscientemente, dando forma de pensamiento coherente a lo que percibía.

La ropa a la que Melanie se refería llegaba hasta el suelo. Consistía en un vestido negro de cuello alto ligeramente abultado que luego se doblaba sobre un corpiño algo deformado, antes de caer con pesadez de la cintura a los pies. Las mangas eran largas y se ensanchaban por debajo de los codos, a la altura de los cuales salían unos volantes blancos de encaje espeso, sujetos en las muñecas para no dejar ver la piel entre ellas y los mitones negros que cubrían las manos. Los hombros se torcían hacia arriba, hacia el largo cuello rodeado por un estrecho volante blanco que llevaba prendido en el centro un broche ovalado, consistente en una lustrosa piedra de color marrón con vetas rojizas engarzada en oro trenzado .

—Deja ya de hacer preguntas tontas, por favor —respondió la mujer, y el cansancio que ahora se mezclaba con la ruda impaciencia de su voz le confería otra faceta, otra dimensión. De pronto era una persona, y como tal tenía un rostro que la representaba y la hacía real. Melanie la miró a la cara.

«La conozco». Tradujo de inmediato aquel pensamiento en palabras, aunque se desvaneció al momento, pues Melanie no conocía a aquella mujer, no la había visto nunca. «Parece rondar los cincuenta», fue el siguiente pensamiento, a sabiendas de que usaba la palabra «parece» porque la mujer no tenía los cincuenta de ninguna manera, sino muchos menos. Parecía mayor quizás porque su rostro mostraba abandono, nunca había recibido cuidado alguno; o quizás porque no transmitía dulzura ni suavidad de espíritu. Aunque no era cruel; solo áspera, dura e inflexible. Poseía otro tipo de suavidad: la de la carne descolorida que se hinchaba en pequeñas bolsas bajo los ojos, en mofletes abultados alrededor de la boca, en arrugas carnosas bajo la barbilla. Su pelo había sido negro, pero ahora estaba surcado de un gris metálico; salía de una raya central tan ancha que dejaba claro que aquella cabeza no había conocido otro peinado, bajaba hacia las mejillas en ondas, como las cortinas, y terminaba en un moño bajo, en la parte trasera de la cabeza. Había algo dócil y sumiso en aquellas ondas elegantes, en aquellos mofletes

rechonchos, inapropiados para la línea fina y recta de los labios, delgados, pálidos y agrietados.

—Supongo que querrás tu agua de cebada —ofreció, al tiempo que pasaba con rapidez al lado de Melanie y desaparecía por detrás de su cabeza. Mientras caminaba, su falda emitía un crujido pesado que se interrumpió con un susurro cuando los pasos de la mujer se detuvieron y la falda se acomodó a su alrededor. Se abrió una puerta y Melanie la oyó llamar:

—¡Lizzie! ¡Lizzie!

Una voz respondió a lo lejos, pero no pudo distinguir las palabras, y luego la mujer dijo en voz alta:

—Se me ha olvidado el agua de cebada de la señorita Milly. Tráela, por favor.

Hubo un momento de espera, y luego unos pasos apesadumbrados subieron unas escaleras sin moqueta para atravesar un pasillo.

—Aquí tiene, señorita Adelaide —dijo una voz ronca, una voz de criada; los pasos retrocedieron y la puerta volvió a cerrarse.

«Debo despertarme antes de volver a verla», pensó Melanie con urgencia, y cerró los ojos, convencida de que la conciencia se desvanecería de inmediato y de que, tras la intemporalidad del sueño, sus ojos se abrirían de nuevo al sol de la ventana y al brezo blanco perlado de flores. «Sueño, sueño», suplicó, pero el hilo de la conciencia se mantenía, y no pudo evitar oír los pasos que se movían de nuevo a su alrededor, lentos, lentos y pesados, envueltos en el lánguido frufrú de la falda larga, que de ningún modo eran los pasos ágiles de la hermana Smith, velados por el débil murmullo de su *vichy* almidonado. Colocaron un vaso sobre el ganchillo que adornaba la pequeña mesa redonda que estaba junto a ella. «¿Cómo sé que hay un pañito de ganchillo, que es una mesa redonda?», se preguntó Melanie, que se vio obligada a abrir los ojos para comprobar que a la altura de su cabeza había un vaso sobre el ganchillo de la mesita redonda, y que ahí se hallaba también la mujer.

—Aquí está tu agua de cebada —profirió con la voz ronca y monótona que Melanie conocía (¿o recordaba de la última vez que había hablado?)—. El señor Endworthy ha dicho que quizás viniera antes de la reunión, así que voy a ir a arreglarme—. Casi se había

vuelto cuando se giró de nuevo hacia Melanie para preguntarle con evidente turbación: —¿Quieres…? —vaciló—. ¿Quieres algo antes de que me vaya?

Melanie sacudió la cabeza. Había hablado una vez, pero involuntariamente, segura de la transitoriedad del sueño. Y ofrecer una respuesta era establecer un vínculo; una respuesta implicaba un lazo de comprensión entre ella y la criatura que esperaba de pie. Así que sacudió la cabeza, porque no quería nada excepto despertarse: en cuanto estuviera sola podría dormirse con facilidad, seguro, y despertarse de nuevo.

La mujer sufrió un pequeño espasmo, apenas una sacudida de los hombros.

—No olvides que quizá venga el señor Endworthy —repitió, antes de dirigirse de nuevo a la puerta y girar el pomo; en esa ocasión, cuando la puerta se cerró, Melanie supo que estaba sola en la habitación.

«Ahora a dormir —se dijo—, dormir, dormir, dormir», sus ojos se cerraron, pero su mente permaneció despierta. «Qué curioso lo de la mesa —musitó su cerebro—, debo de haber soñado ya con este lugar y haberlo olvidado; y ese olor nauseabundo, dicen que no puedes soñar colores, pero tampoco antes había soñado olores, seguro que es por el canal en este día caluroso, y el olor se ha metido en la habitación; bueno, sea como sea —se dijo el cerebro agotado—, yo sí que sueño en color, soñé con el broche de Adelaide, esa horrible cosa de color marrón rojizo que parece carne de mala calidad. Siempre he odiado ese broche, fue Gilbert quien dijo que parecía carne, pero no, no se refería al de Adelaide, nunca tendría tan pocos modales, "Esos broches que llevan ahora las señoras", había dicho él, "Te estás recuperando", dijeron Guy y Gilbert, ¿fue hoy o hace tiempo, cuando podía caminar y salir? Cuando no estaba encerrada con este olor a carne podrida, carne marrón y niebla marrón y el dolor que me provoca una carraspera áspera, áspera, eso no rima pero debería hacerlo, mantas pálidas, grises y ásperas, las manos envueltas en un manguito gris, suspiro, suspirito, el manguito…», y el cerebro consciente de Melanie aflojó el control hasta que se quedó dormido o dormitando y, una vez que abrió los

ojos vio, o creyó ver, la ventana abierta y a través de ella el cielo azul y el brezo, y oyó el crujido del *vichy* almidonado de la hermana Smith junto a la puerta, así que volvió a cerrar los ojos, fuera de veras o en sueños, pero ahora a salvo, tanto ella como su cerebro dormidos.

Este se despertó con lentitud y lo primero que advirtió fue el mismo olor fétido. «¡Otra vez aquí!», dijo la nariz al cerebro, y de inmediato Melanie estaba despierta, con los ojos abiertos.

Encogida de miedo, contempló la habitación en la que se hallaba.

Se había dado la media vuelta en sueños y, como ya sabía que a la derecha se encontraba la ventana cubierta por la cortina de felpa y visillos de encaje , miró más allá de los pies del sofá: vio una chimenea de hierro negra y redonda y, en el hogar vacío, un abanico de papel rosa. Sobre la chimenea había una repisa de madera marrón cuya prolongación, formada por un panel decorado con columnas y pequeños espejos, llegaba casi hasta el techo. Melanie la recorrió con la mirada hasta llegar al techo empapelado con enormes motivos florales blancos, estampados sobre un papel mate y a la vez brillante; de un lado los pétalos parecían brillantes y el fondo mate y, si cambiaba el ángulo de la mirada ligeramente, eran los pétalos los que parecían mates y el fondo brillante. Melanie bajó la vista hacia el panel de la repisa, sobre el que se acumulaban tantos objetos pequeños que solo se llevó una impresión confusa de trastos insignificantes, fotografías marrones en unos bastos marcos de plata o de fieltro, dos jarrones pintados con unos juncos embutidos en su interior, una urna en forma de bulbo cubierta de sellos, dos elefantes de ébano, una agrietada campanilla de latón. «Me es familiar, lo conozco, lo conozco todo», se dijo Melanie, pero su cerebro palpitante solo podía observar, no comentar ni deducir. Miró el papel pintado de color rojo fuerte, estampado, como el techo, con texturas que adoptaban formas y después se realzaban al mirarlas, la tosca silla negra frente a la chimenea, de brazos, respaldo y asiento tapizados de terciopelo verde con tachuelas romas de bronce. Observó uno a uno los objetos de la habitación: la rechoncha carbonera negra con su pala sujeta en la parte trasera, la mesa redonda junto a la ventana en saledizo, cubierta por una felpa verde rematada con borlas, el texto enmarcado en madera rústica en el

panel de la repisa, en letras góticas manuscritas.¿Lo estaba leyendo, o es que sabía que ponía «Dios bendiga nuestro hogar»? Dirigió la mirada desde el texto hasta la alfombra, que tenía un fondo escarlata sucio con un estampado recargado y feo de color negro, verde y de un vívido azul eléctrico; después la alzó de nuevo hacia la mesa redonda cubierta de ganchillo que ya conocía y el tosco vaso lleno de agua de cebada; aunque no veía lo que se encontraba detrás de su cabeza, sabía que era la gruesa puerta llena de manchas marrones, y ahora solo le quedaba observar lo que la rodeaba, lo que la vestía, sujetaba y tocaba.

Pero aún no le resultaba posible concentrar de tal modo la observación en sí misma, que yacía o parecía yacer allí. Miró de nuevo el conjunto de objetos abigarrados de la repisa, que carecían de gusto y valor, y entonces se le ocurrió el comentario de que aquello era chatarra, lo que se vería en una chatarrería, en una chatarrería de verdad, amontonada sobre la acera en una cesta un sábado por la mañana. «Todo a media corona».

—No encontrarás nada ahí —advirtió él con divertida ternura, y ella se hizo la niña tonta, aunque el hombre tenía razón, pero ella insistió en aquella actitud entre femenina e infantil que resultaba encantadora.

—Déjame ver —suplicó—. Nunca se sabe, quizás haya algo…

Levantó la vista hacia él, en un remedo del cachorrillo juguetón pero obediente.

—Por favor, Guy —suplicó—, por favor, Guy…

Mientras observaba la repisa, le asaltó un espanto terrible, y prorrumpió en gritos:

—¡Guy! ¡Guy! —Y, de nuevo, boqueando a causa de un pánico histérico—: ¡Guy! ¡Guy! —Tosió y se atragantó con la tos, pero se detuvo para llamar—: ¡Guy! ¡Guy!—. Volvió a atragantarse y gritó de nuevo.

Los pasos bajaron las escaleras con precipitación, atravesaron el pasillo, el pomo de la puerta giró con violencia y la mujer irrumpió como un huracán en la habitación para plantarse allí, rígida y amenazante, junto a su cabeza:

—¿Es ese *su* nombre? —jadeó, clavando de forma horrible unos

ojos centelleantes en el rostro de Melanie. Destilaba veneno y amenaza al repetir, al exigir una respuesta—: ¿Es ese *su* nombre?

Melanie, que se asfixiaba y gritaba en el sofá, experimentó un nuevo terror, o un miedo antiguo, conocido y soportado desde hacía demasiado tiempo, ante aquella mujer de rostro púrpura que temblaba sobre ella. Toser, toser hasta la asfixia era la única protección; Melanie dejó de llamar a Guy a gritos para que fuera a despertarla, a salvarla, y dejó caer el mentón sobre el pecho mientras intentaba recuperar el aliento.

—¡Detente! —ordenó la mujer—. ¡Detente y respóndeme!

Pero Melanie no podía detenerse. El aliento no llegaba; le resultaba imposible respirar. De entre sus párpados cerrados brotaron lágrimas, su cuerpo se echó a temblar, y su cerebro solo conseguía visualizar una mancha de color rojo sangre.

—Debes detenerte —repitió la mujer, pero ahora sin despotismo, con una fatigada… ¿podría ser ternura? Sus manos presionaban los hombros de Melanie con la intención de reclinarle a la fuerza la cabeza en el almohadón para que el aire penetrara en el conducto bloqueado. Movió ligeramente una mano, magullando el cuello de Melanie.

Aquel contacto con la carne era real. No había atmósfera de sueño concebible a la que pudiera pertenecer ese tacto seco y rugoso. La tos de Melanie se había detenido; abrió los ojos y miró a la mujer.

—Estás aquí —dijo Melanie— y yo estoy aquí, no allí. Esto es real. ¿Cómo puede ser? —Apretó la mandíbula y se quedó mirando aquellos ojos marrones oscuros con la misma obstinación con la que la mujer le preguntaba hacía un instante por *ese* nombre.

Pero la mujer no reaccionó como Melanie esperaba, no identificó la urgencia para después corresponderla o rechazarla.

—Por supuesto que estamos ambas aquí —respondió al tiempo que se erguía; después se agachó para poner una mano sobre la frente de Melanie con una ternura a la que le faltaba práctica, era obvio, pues la mano cayó con demasiada fuerza y resultaba demasiado áspera enfundada en el mitón como para que su torpe vaivén fuese reconfortante. Melanie se encogió ante su contacto y la mano se retiró con rapidez. Alzó la vista hacia esos ojos que ahora

mostraban algo de… ¿era dolor ante el desaire? Algo, en cualquier caso, que hizo que Melanie se tragara el instintivo «No me toques». «Es tan real como yo —supo, y se preguntó, frenética—: ¿Cómo puede ser que esté aquí?».

—¿Me han raptado? —inquirió con lentitud sin apartar la mirada, esperando una respuesta.

—Eso es imposible —respondió con rapidez la mujer—. Y no te servirá de excusa. Hicieras lo que hicieras, lo hiciste por voluntad propia, mientras me engañabas y abusabas de mi confianza. —Hizo el amago de volverse y su voz se tiñó de emoción—. Milly, me creí todo lo que dijiste. Pensé que sabía dónde estabas en cada minuto del día, y durante todo ese tiempo me estabas engañando.

—Estás loca —replicó Melanie, al tiempo que pensaba: «Eso es lo que pasa, que está loca, de algún modo me ha raptado, ¿por qué no vendrá Guy a buscarme, a salvarme, a sacarme de aquí?».

La mujer estalló en una risa seca y quebrada.

—No soy yo quien está loca, querida —dijo, y después, con una voz llena de amargo cansancio y desesperación—: Oh, Milly, Milly, ¿por qué no eres abierta y sincera conmigo?

—¿Por qué me llamas Milly? —susurró Melanie, pensando: «Quizás esa sea la explicación: vive en algún sitio cercano, tal vez en las chabolas de detrás, ha oído a Guy llamarme Melly algún día, y quizás alguien a quien conocía, alguien llamado Milly, haya muerto, y a lo mejor por eso vino… Pero ¿dónde está la hermana Smith? —gritó para sí con desesperación—. ¿Y cómo ha entrado en casa, si la puerta delantera nunca está abierta? A la niñera le dan tanto miedo los ladrones… Pero eso debe de ser lo que ha pasado», se dijo antes de que la mujer respondiera:

—¿Cómo debería llamarte, Milly Baines? Me arrodillaría ante Dios para darle las gracias si pudiera llamarte de otro modo.

—¿De qué otro modo? —preguntó Melanie—. ¿Por qué nombre darías gracias a Dios?

«Es una fanática religiosa —se dijo—, será mejor que tenga cuidado, Guy me andará buscando, seguro que llegará pronto».

—Solo tú puedes responder a eso —contestó la mujer con severidad y, entonces, tras encogerse de nuevo de hombros, se alejó

para sentarse en la silla junto al fuego, con las manos apoyadas sobre el reposabrazos y la espalda rígida, sin tocar el respaldo.

Llamaron a la puerta.

—Pasen —dijo Adelaide, y, a su espalda, otra mujer apareció en el campo de visión de Melanie; su paso era torpe e iba envuelta en un vestido negro de punto, que, al igual que el otro, llegaba hasta el suelo. Esta, además, llevaba sobre el vestido un delantal blanco y ovalado, con un peto que cubría un pecho de una curiosa redondez, sujeto en la parte , sujeto en la parte superior por un imperdible, y sobre el pelo gris y revuelto, una cinta blanca y lisa de algodón bordado con solapas que le cubrían las orejas. «Parece una doncella de las de antes», se le ocurrió a Melanie. La mujer dijo entonces con un deje irlandés en la voz:

—¿Mejor el *plumcake* hoy, si va a venir el párroco?

«*Es* una doncella —se dijo Melanie—, entonces no es una chabola, solo una casa de locos, están todos locos». Oyó que la primera mujer respondía:

—Sí, Lizzie, el *plumcake*. Y, Lizzie…

Se levantó, señaló con la cabeza en dirección a la puerta, y la doncella, que la había comprendido, pasó por detrás de Melanie para salir. La primera mujer la siguió fuera. La puerta aún estaba abierta y quizás se hubieran quedado de pie justo al otro lado, aunque lo único que Melanie oía era el agudo bisbiseo de los susurros.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó en voz alta de modo involuntario. ¿Cómo es que la doncella no se había sorprendido al verla? ¿Estaría loca también? No, la habían sobornado, seguro que la habían sobornado para que no mostrara sorpresa, para que formase parte de la conspiración. Melanie oyó que la puerta se cerraba, y después la primera mujer volvió a sentarse con rigidez en la silla junto al fuego.

—Solo le estaba dando instrucciones a Lizzie para que se acercara a pedirle al doctor Blundell que pasase a verte.

«Si está lo suficientemente loca como para llamar a un médico —reflexionó Melanie, sumergida en un torrente de alivio—, todo irá bien. Solo tengo que mantenerla tranquila hasta que llegue, y

después, sea el tipo de doctor que sea, me sacará de aquí».

—Creo que es una gran idea —dijo en voz alta—. Gracias, señorita Adelaide.

La mujer giró la cabeza con brusquedad.

—No hay necesidad de burlarse de mí. Puede que no te hayas comportado como una señorita —reconvino, y Melanie observó de nuevo aquella extraña pronunciación, «sita» o «shita»—, pero no es necesario que también hables como las criadas. —Su voz se aceleró, como si la furia se apoderara de ella—. Qué bonita manera de dirigirse a una hermana.

«No debo hacerla enfadar —pensó Melanie—. Ocurra lo que ocurra, debo mantenerla tranquila. No sé quién piensa que soy, pero hay una extraña ambivalencia en sus sentimientos hacia mí, algo que la hace enfadar y algo que le da pena».

—Excúsame, Adelaide —y después se preguntó por qué había dicho «excúsame» en lugar del natural «perdóname».

—Acepto tus excusas —respondió Adelaide, con una voz más baja y tranquila; aunque seguía rígida en la silla, a Melanie le parecía que ese era su modo natural de sentarse, que no era un esfuerzo deliberado, como parecía. «Si tan solo supiera de qué trata todo esto, podría entablar una conversación animada —pensó Melanie—, pero es difícil saber qué es seguro, qué es lo que puedo preguntar y qué se supone que sé. Metí la pata al llamarla "señorita" Adelaide; imagínate ser la hermana de una criatura así».

A falta de algo que decir, volvió a observar la abrumadora repisa con su pesado cargamento, mirando ora el elefante, ora la tetera de latón, ora los juncos, ora la urna de cristal, ora la fotografía marrón en marco de opulenta plata a la derecha, ora la fotografía marrón enmarcada en terciopelo descolorido de la izquierda. «Lizzie debe de haberlas cambiado de sitio —escuchó decir a su mente—, antes la tía Carrie estaba a la izquierda;—y, con repentina desesperación, añadió—: Yo también me estoy volviendo loca, ¿cómo diablos sé yo de quién son las fotografías? —Después oyó la otra voz, confiada y amenazante—: Pero lo sé, lo sé. La tía Carrie estaba a la izquierda y el tío George a la derecha, y ahora están al revés».

—Adelaide —dijo con rapidez—, los retratos de la repisa. ¿No los

han cambiado? ¿No estaba ayer el tío George al otro lado?

«Deben de ser pensamientos que pasan de su mente a la mía, solo puede ser eso», se dijo, pues Adelaide se levantó sin mostrar sorpresa alguna ante la pregunta y escudriñó con atención las fotografías, primero una y luego otra.

Se volvió hacia Melanie.

—Tienes razón —respondió, y después se giró de nuevo para intercambiar las fotografías al tiempo que soplaba para eliminar una brizna de polvo del marco de plata—. Lizzie debe de haberlas movido cuando limpió el polvo. Parece imposible encontrar a una chica que se tome la molestia de recordar con exactitud cómo me gusta tener las cosas —añadió irritada.

«Debo encontrar algo nuevo que decir —pensó Melanie—, debe de ser más seguro que ella siga hablando que estar aquí sentada, en este silencio tan amenazador. Y, si no pienso en algo que decir por mí misma, quizás me vengan más pensamientos de su mente a la mía, y eso no debe ocurrir. Debo guardarme la mente para mí».

»Oh, Guy, Guy, —gritó para sus adentros— ven, ven y sálvame, ven rápido, se está haciendo tan largo… Debe de haber pasado ya un buen rato», pensó y, poniendo toda su atención en controlar la voz, dijo:

—Adelaide, ¿qué hora es?

—Deben de ser casi las dos —contestó Adelaide mientras deslizaba pensativa el dedo por el fuste helicoidal de las columnas, y luego le daba un lametón a un dedo para pasarlo por la madera y ver si había polvo.

—¡Pero no puede ser! —exclamó Melanie. Era después de las dos cuando Guy había vuelto al bufete. Seguro… No, no podía ser que la hubieran drogado, no podía ser que hubieran pasado días y aún siguiera perdida y no la hubieran rescatado. «¿Qué fecha es? —se preguntó con preocupación; debía de ser abril—. Sé que es justo después del cambio de hora; ayer fue el cumpleaños de la Reina, hubo ese programa justo antes de las noticias, así que debe de ser veintidós. Si le pregunto, quizás mienta, pero por qué iba a hacerlo, con lo chiflada que está, no sabrá por qué le estoy preguntando».

—Adelaide —preguntó—, ¿a qué día estamos?

—A veintidós de abril —respondió Adelaide.

«Luego aún es hoy», pensó Melanie, pero para asegurarse repitió en tono interrogativo:

—¿A veintidós?

—A veintidós de abril de 1864 —respondió Adelaide con cansancio.

Durante un momento, un momento eterno, Melanie fue presa de un miedo atemporal. Se le quedaron los ojos rígidos, abiertos de par en par y sin poder pestañear, los labios entumecidos se le tensaron en una horrible mueca, todo su ser se quedó paralizado a causa de un terror inimaginable. Porque supo que aquello era cierto.

Con la misma lentitud con la que llega el *rigor mortis* tras la muerte, la opresión empezó a ceder y el cerebro a aletear de nuevo. Sin embargo, no había nada que pensar, sentir o decir; de su boca solo brotaban algunos incoherentes gemidos babeantes.

Adelaide se acercó con premura al sofá.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Te duele algo? —Y, en voz alta, pero para sí, añadió—: Roguemos para que el doctor Blundell venga pronto. ¿Qué ocurre, Milly? —repitió, y Melanie vio cómo la mano enguantada acercaba el vaso a sus labios.

—Dale un sorbo —instó Adelaide—. Solo un sorbo.

—No, no —gimió Melanie, y apretó los dientes con fuerza mientras sacudía la cabeza para apartarla de la bebida que le ofrecían. Más poderosa que cualquier razonamiento, una sensación abrumadora de repugnancia le ordenó que aquel cuerpo no recibiera alimento, que no bebiera ese agua sucia y seca desde hacía años.

—Ya me he recobrado —susurró—, de veras, Adelaide, ha sido solo un espasmo momentáneo.

Parecía no ejercer control alguno sobre las palabras con las que verbalizaba sus pensamientos: eran frases ajenas y, sin embargo, elegidas sin más deliberación que la exigida por cualquier palabra escogida para expresar una idea normal.

—Si pudiera quedarme un rato sola —musitó—, tan solo un rato…

Adelaide se enderezó y la observó durante un instante con el ceño fruncido. Estaba claro que solo actuaba por propia iniciativa, sin admitir jamás que se le hiciera una sugerencia o una petición.

—Tengo que terminar el bordado de Madeira —musitó, algo dubitativa—. Te dejaré la campanilla —añadió con algo más de seguridad, y cogió de la amalgama de la repisa la agrietada campanilla de latón, aquella baratija de India, el preciado recuerdo. —Aquí tienes —dijo mientras la colocaba sobre el ganchillo, junto al vaso rechazado—. No dudes en llamar si sientes el menor desmayo sospechoso o extraño —concluyó, y su voz se alzó como si ella misma se sorprendiera ante la última palabra. Melanie cerró los ojos; escuchó primero el silencio mientras Adelaide se quedaba allí de pie, vacilante, después, el crujido de la falda y cómo se abría y por fin se cerraba la puerta.

Entonces abrió los ojos y yació un momento inerte, vacía de toda voluntad, sintiendo el poder de aquella inefable revelación. La conmoción, el estruendo de su cerebro, de su pecho, de su estómago eran demasiado abrumadores para permitir pensamiento alguno, pero ni por un instante podía desconfiar de la realidad de estar allí.

—¿Por qué? —se preguntó en voz alta.

Y, de forma lenta y espasmódica, comenzó a formularse preguntas.

«Estoy despierta, pero no puedo estar despierta —dijo para sí, y entre cada aseveración que hacía había una pausa larga, y luego otra más corta, ambas llenas de horribles temblores convulsivos—. Conozco a Adelaide, conozco esta habitación, pero de un modo extraño, como un vago recuerdo del sueño de la noche anterior justo antes de dormir. ¿Se sabe en un sueño que se está durmiendo? A veces sí, y entonces uno desea despertarse, lucha por conseguirlo, y eso ocurre justo antes del despertar. Pero yo llevo tanto tiempo intentándolo... Sé que en realidad estoy dormida, pero sé también que esto es real, tan real como mi casa. Adelaide es tan real como Guy, pero Guy es *mi* realidad. Aquí puedo oler, ver, pensar y sentir tanto como podía hacerlo en mi otra vida. Solo que no puedo recordar con claridad, todos mis recuerdos son con Guy y eso lo vuelve todo menos real —se dijo dubitativa, y añadió—: Eso debe de volverlo todo menos real. En cualquier caso —dijo, e intentó decirlo en voz alta, pero las palabras no se formaban en el aire, solo en su cerebro—, soy Melanie Langdon. No soy esa tal Milly Baines, ¡oh, no!, no soy Milly Baines». La potencia de este grito, pese a ser

silencioso, agotó de nuevo sus pensamientos, y las convulsiones de su cuerpo horrorizado volvieron a inundarla y sofocarla.

«¿Quién es Milly Baines?». Esa pregunta llegó poco a poco, y al fin miró, pues hasta entonces no se había atrevido, lo que la rodeaba de modo inmediato. Examinó, probó, interpretó las sensaciones de ese cuerpo de Milly Baines en el que estaba apresado el cerebro de Melanie Langdon.

Aquel cuerpo estaba recostado, pero no con comodidad, sino en una superficie dura y rígida que quizás fuera la causa del dolor de espalda. Sobre el cuerpo había una manta o colcha de punto gris acabada en largos flecos de la misma lana áspera. Tenía la cabeza recostada en un almohadón o un cojín suave; Melanie giró la cabeza para ver sobre qué yacía. No la levantó, eso parecía demasiado difícil de hacer, solo la giró, aquello ya le costaba bastante. Su cabeza descansaba sobre un almohadón cuadrado, con una funda de lino blanco, alrededor de cuyos bordes había un plisado rígido de puntillas. Con dificultad, Melanie devolvió la cabeza a su posición inicial y durante un momento tuvo que dejar de mirar porque la invadió un mareo que le provocó náuseas antes de desaparecer. Tenía una mano sobre la colcha gris y el brazo envuelto en una manga gruesa de algodón blanco con un elástico en la muñeca que, a su vez, acababa en un plisado de puntillas como el de la almohada. Una mano y la otra a su lado. «No me gustan sus manos», susurró Melanie para sí, y según pensaba aquello, levantó una con lentitud, la derecha, rozando el fieltro burdeos, desde las rosas bordadas hasta el esqueleto de madera labrada del respaldo de la *chaise longue* victoriana.

Y en el instante antes de darse cuenta de lo que estaba tocando, la inundó el mismo recuerdo que se había agitado en su interior al ver por primera vez la *chaise longue* en la calle Marylebone…, solo que ahora era más profundo, real e intolerablemente doloroso, un recuerdo de amor apasionado, el de un cuerpo que la oprimía y se fundía con el suyo, aplastado en la *chaise longue* victoriana.

«Así que eso es —se dijo sin entender el recuerdo, solo reconociendo que aquel diván en el que se recostaba era el único objeto que unía su vida con aquello. Había una pauta: no todo

aquello dependía del azar—. Entonces, si pudiera bajarme…», pensó mientras clavaba los codos en el acolchado de crin y levantaba la cabeza, aturdida y mareada.

Podía alzarla, pero no por mucho tiempo. Antes de poder ordenar a las piernas invisibles que se movieran también, que se apartaran de aquel nido nefasto y calamitoso, la cabeza volvió a caer en la almohada con un ruido vacío, como si le hubieran dado un golpe tremendo, y su corazón comenzó a palpitar a toda velocidad, no solo en el pecho, sino en todo su cuerpo, con latidos devastadores.

Entonces pensó: «Pero cuando no estaba en la *chaise longue*, estaba allí. Si abandono este asiento, puede que me quede aquí de modo irrevocable. Si me quedo tumbada esperando, seguro que pronto volveré. No puedo quedarme aquí —gritó para sí—, no puedo quedarme aquí perdida, morir aquí. Quizás Milly Baines falleciese aquí. Entonces, Milly Baines debe de estar ya muerta —se dijo con inexpresividad—, Milly y Adelaide y Lizzie, todas muertas y podridas desde hace tiempo. Este cuerpo en el que estoy debe de estar asquerosamente descompuesto, esta almohada debe de ser un jirón de trapo, la colcha debe de estar infestada de polillas, crujiente y pegajosa por las larvas, desmoronándose en sucios trozos. Todo está muerto y podrido, el agua de cebada corrupta, el camisón raído y desgastado, estas manos, todo este cuerpo apestoso, podrido, muerto». Se estremeció, y supo que lo estaba haciendo en un cuerpo muerto desde hacía mucho; la carne le hormigueaba, y era una carne que había adoptado un color verde y una textura pegajosa y terminaba siendo polvo húmedo, al contacto con la madera despedazada y húmeda del ataúd.

Y allí tumbada, en medio del arrebato de repugnancia hacia todo lo que era, todo lo que parecía ser ella, aquel cuerpo, aquel cuerpo putrefacto e irreal comenzó a presentarle sus exigencias. «No puedo —gritó enmudecida—, no puedo. Esta cosa no puede experimentar sensaciones, deseos y necesidades como el mío, sería el colmo de la repugnancia que estos órganos pútridos necesitaran lo mismo que los cuerpos de verdad. Si permito que tenga necesidades, lo haré mío. Ignoraré lo que es corrupto y horrible, ignoraré este cuerpo muerto, putrefacto, asqueroso». Pero la necesidad se hacía cada vez

más aguda, hasta volverse abrumadora, hasta que se hizo mayor que la repugnancia que, aunque no desaparecía, se mezclaba con una de otro tipo, la repugnancia de la vergüenza, que tantas veces experimentaba y sin embargo jamás disminuía, ante lo que tenía que hacer.

Con dificultad y lentitud, Melanie levantó la mano para coger la campanilla de latón del paño de ganchillo. La hizo sonar más bien al retirarla de la mesa que por agitarla a propósito; la campanilla parecía demasiado pesada para eso, demasiado pesada, también, para volver a colocarla, así que cuando Adelaide entró en la habitación, la campanilla yacía sobre la colcha, apenas sostenida por los débiles dedos de Melanie.

—¿Y bien? —preguntó Adelaide mientras se inclinaba para colocar la campanilla de pie, junto al vaso.

—Quiero… —comenzó Melanie—, quiero… Me temo que tengo que… —La ahogaba la vergüenza, no pudo continuar.

Adelaide suspiró.

—Hace apenas media hora que te pregunté y me dijiste que no —se quejó, pero antes de terminar la frase ya se había dirigido a la repisa de la chimenea para sacar una caja de cerillas de una taza de porcelana blanca y rosa. Extrajo una cerilla; se encendió una llama azul que desprendía gran cantidad de humo con un fuerte olor a azufre. Adelaide arrugó la nariz y sostuvo la cerilla bien lejos de ella hasta que la llama azul se puso naranja y el olor a azufre se desvaneció. Mientras Adelaide se daba la vuelta con la cerilla en la mano, Melanie vio que a cada lado de la repisa sobresalían unos brazos curvados de latón que terminaban en lámparas de gas. Adelaide encendió tan solo la de la izquierda, y esta se iluminó con un siseo procedente de una llama en forma de corazón titilante.

Las cerillas volvieron a la taza de porcelana, y Adelaide se dirigió a la ventana para correr las pesadas cortinas de felpa sobre el visillo gris, sin dejar resquicio alguno por donde pudiera penetrar la luz del neblinoso día. La necesidad de Melanie se hacía cada vez más urgente. Apenas podía resistir los pasos deliberadamente lentos de Adelaide, primero hacia la entrada detrás de la cabeza de Melanie para cerrar con llave, y después hacia las puertas correderas frente a

las ventanas, cuyas cortinas de felpa burdeos y rematadas con borlas se juntaban sobre el marco central. Adelaide abrió una de estas puertas y pasó a la habitación contigua.

Al otro lado Melanie vio una estancia empapelada a franjas con flores de una vívida fealdad. Contra la pared más lejana se distinguía el cabecero negro de un armazón de cama hecho de hierro, con unos postes altos de los que sobresalían cortos travesaños truncados. Sobre ellos colgaban unas cortinas de tejido rosa que parecían estar descorridas con los extremos extendidos sobre el cabecero, en lugar de caer hacia el suelo. A la derecha, Melanie observó lo que parecía ser la parte superior de un aguamanil de mármol blanco y, en ese momento, Adelaide desapareció de su vista, para atravesar al poco las puertas correderas trayendo una bacinilla cubierta por un paño blanco.

Los siguientes minutos se vieron ensombrecidos por una turbación cegadora. Aquellas acciones, aunque practicadas con tanta frecuencia, resultaban intolerables para las dos mujeres y, cuando concluyeron y Adelaide se alejó con el bacín, de nuevo cubierto por el decoroso trapo, Melanie se quedó tumbada, presa de la agitación y con los ojos cerrados, intentando eclipsar, no la pesadilla constante, sino el recuerdo de la mayor vergüenza que había sentido o concebido jamás.

Oyó cómo Adelaide vaciaba la bacinilla y la enjuagaba. Oyó cómo derramaba el agua, se lavaba las manos y tiraba también esa agua. La oyó volver a la habitación, cerrar la puerta corredera, apagar la lámpara de gas, que se extinguió con un sonido de suspiro, descorrer los cortinajes de las ventanas con el ya conocido y reconocible crujido al arrastrar los aros por la barra de caoba. La luz volvió a golpear los párpados de Melanie, pero no podía abrir los ojos y encontrarse con los de Adelaide, que había abierto la puerta del zaguán y estaba llamando:

—¡Lizzie! ¡El cucharón de lavanda!

Hubo un momento de espera; luego, los pasos pesados de Lizzie subieron de nuevo las escaleras y atravesaron el pasillo para entrar en la habitación. En ese momento la curiosidad forzó a Melanie a abrir los ojos, y vio cómo pasaba Lizzie, llevando a cierta distancia

un cucharón donde ardían unas brasas rojas.

Adelaide estaba de pie junto a la chimenea, con una botella verde en la mano. Lizzie le tendió el cucharón y Adelaide vertió, sobre las brasas, líquido de la botella. Se produjo una crepitación, y el cucharón exhaló un humo espeso con olor a lavanda. Adelaide volvió a ponerle el corcho a la botella y la colocó detrás de la jarra con los juncos, mientras Lizzie daba vueltas por la habitación sosteniendo el cucharón, balanceándolo despacio de un lado a otro.

Las cenizas estaban casi grises cuando volvió a pasar junto a la *chaise longue* en dirección a la puerta.

—Ahora pon la mesa, Lizzie —ordenó Adelaide. Y Lizzie contestó:

—Sí, señorita Adelaide. —Y salió de la habitación.

Sin pensar, Melanie sacó una mano temblorosa para coger el vaso de la mesa y sorbió el agua de cebada. Estaba espesa y algo caliente, pero le suavizó la garganta tanto tiempo atenazada por el miedo. Mientras sorbía, se dio cuenta de que estaba socorriendo aquel cuerpo en el que yacía, alimentando los tejidos que de forma tan extraña parecían encerrar su cerebro vivo, pero aun así siguió sorbiendo. Beber era del mismo orden que expulsar agua. Realizar lo segundo había sido el acto de conexión que temía; si era así, beber no podía ya en modo alguno atarla más, y al menos aliviaba y relajaba la tensión de sus nervios además de la sequedad de la garganta.

«Porque tiene que haber una salida —se dijo—. No es bajarse de la *chaise longue*, a eso no me atrevo; no es dormirse, eso ya lo he intentado y no ha funcionado, ¿o sí? —se preguntó con desesperación—. ¿No volví cuando estaba dormida, no vi la ventana y oí el frufrú de la hermana Smith por la habitación? O es que esta tal Milly ha ido… Oh, no, no puede estar allí en mi lugar, ella no, en mi cuerpo, Guy inclinado sobre ella, amándola en mi lugar». Sintió una punzada de celos al ver a Guy con otra mujer, al ver que la olvidaba, que ni siquiera sabría que se había ido. «O quizás ella también esté asustada —se dijo para hurgar en la herida—, y Guy la está consolando, porque piensa que solo ha tenido una pesadilla, y después a lo mejor la prefiere a mí, ¡ay!, ella estaría bien con Guy, cualquiera lo estaría, no aquí, con los muertos, con esta cruel y dura

Adelaide, ¡ay! —lloriqueó—, no pueden dejarme aquí, estoy tan sola, tan asustada, oh, Guy», pero esta vez tuvo el suficiente juicio de no llorar en voz alta, solo cerró los ojos, y cálidas lágrimas brotaron bajo sus párpados. Otra cosa que podía hacer aquel cuerpo de Milly: llorar por la tristeza de Melanie.

Adelaide enjugaba las lágrimas de sus ojos con brusquedad e impaciencia.

—Recomponte, Milly —dijo—, Lizzie va a traer el paño.

Melanie suspiró y se recompuso, como Adelaide exigía. No encontraría alivio en darse por vencida, en sucumbir a la más completa soledad y al terror del pasado. De algún modo tenía que manejarlo, reunir todos los conocimientos que tuviera, todos los instintos que hubiera sentido alguna vez, si quería escapar.

—El cielo ayuda a los que se ayudan —musitó: el socorro tradicional que aparecía cuando lo buscaba.

—Eso es muy cierto —dijo Adelaide, sentada en su sitio habitual, mientras Lizzie llegaba con el mantel de encaje para el té.

Se dirigió a la mesa junto a la ventana y lo extendió sobre la felpa verde con flecos que ya cubría la mesa. Iba y venía de un lado a otro para traer el servicio de té de plata sobre la bandeja lacada, el *plumcake* sobre el mantel individual de encaje en la fuente blanca ribeteada de oro, las galletas en su frasco de porcelana, los panecillos, los panes blancos con mantequilla, la mermelada de fresa en el plato de porcelana con forma de concha, los cuchillos de té con mango de marfil, las cucharas de apóstoles.

—Has arrugado el mantel —señaló con severidad Adelaide, y añadió—: No pongas la cuchara *en* la mermelada: llévatela, lávala y colócala en el mantel, *junto a* la mermelada.

—Adelaide —dijo Melanie con cautela, mientras Lizzie, tras uno de sus invariables «Sí, señorita Adelaide» que seguían a las continuas correcciones, iba de vuelta a buscar algo más para la mesa—; Adelaide —dijo Melanie preguntándose si comenzar la frase con un «Por favor, dime» sonaría extraño—, por favor, cuéntame otra vez lo de la *chaise longue*.

—¿Otra vez? —comentó Adelaide poniéndole la vista encima—. No creo que te lo pueda contar otra vez, pues, que yo sepa, nunca

me has preguntado antes por ella.

—¿No? —preguntó Melanie, sorprendida.

«Entonces no comparto la memoria de Milly —se dijo—, ha sido mi propia mente la que se preguntaba si debería decir "otra vez" o no»—. Por favor, cuéntamelo ahora, Adelaide —suplicó.

—Un minuto —la interrumpió Adelaide. Lizzie acababa de colocar el pan de pasas en rebanadas e iba de nuevo camino de la puerta—. Lizzie, no me has dicho qué te contestó el doctor Blundell cuando lo llamaste.

Lizzie se detuvo justo detrás del diván.

—Hay que ver —exclamó—. Perdería la cabeza si no la tuviera pegada al cuerpo. —Y se golpeó la sien en un gesto de enfado fingido.

«Eso lo hace la niñera —pensó Melanie con una punzada de reconocimiento—, eso lo dice nuestra niñera», y echó hacia atrás la cabeza para mirar a Lizzie buscando con tesón un parecido, una identidad que trajera una pauta, un sentido al caos.

—Había ido donde los Richmond, me dijo su Annie —explicó Lizzie—, para ver a Sir John. La señorita me confesó que no sabía cuándo volvería, pero le pasaría el mensaje para que nos llamara.

—Gracias, Lizzie —dijo Adelaide. Lizzie se agachó con presteza y se incorporó de nuevo, en apenas una reverencia, para salir después de la habitación, cerrando la puerta tras ella en esta ocasión. No, no había parecido del que Melanie pudiera estar segura. Esta mujer era más joven, pero ¿tenían que ser de la misma edad? Ambas tenían los ojos azules, pero la ropa, el pelo, eran tan diferentes… Melanie estaba casi segura de que no había parecido.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó Adelaide ausente—. Ah, sí, por supuesto, lo de la *chaise longue*.

«Esta será la revelación», se dijo Melanie, en busca sobre todo de la forma, la pauta, la vía probada que constituiría el camino de regreso. Pero era difícil incluso comprender la historia que Adelaide estaba contando, porque se la contaba a un oyente que conocía sus antecedentes, y para Melanie era como una historia oída por casualidad en una cafetería, palabras con significado pero sin forma, excepto para el pretendido oyente, capaz de rellenar los huecos que

reflejaban el conocimiento compartido.

—Fue el tío Edward —dijo Adelaide—. Esto fue en la época de Chalk Farm, claro, yo misma ni siquiera lo recuerdo, fue nuestra querida madre quien me lo contó aquel día en Bognor. Entonces no estaban tan desahogados, eran épocas difíciles para todos y había muy poco que hacer en Smithfield. Incluso una hogaza de pan costaba… no sé cuánto, pero mucho dinero. No es que nunca nos faltara pan, pero no había dinero para caprichos, y nuestra querida madre no estaba cómoda en ningún sillón. —Adelaide bajó la voz—. Tenía las pobres piernas hinchadas, pero pedir un sofá no habría sido correcto. Nuestra querida madre fue siempre tan sufrida… Levantó de sus manos enguantadas una mirada acusatoria y llena de reproche hacia Melanie. Melanie se quedó de una pieza. ¿No debería ser el tío George, y no el tío Edward? El tío Edward era un personaje nuevo, no estaba vinculado con todo esto. Y ¿quién estaba en Smithfield? ¿Era el tío Edward o el esposo de nuestra querida madre? ¿Era carnicero? No, en Smithfield sería mayorista, mayorista de carne; sí, así era. Melanie estaba segura de que así era. Aquella era Adelaide, la hija de un próspero comerciante. ¿Lo era también Milly?

—Por supuesto que el tío Edward nunca habría *dicho* nada —continuó Adelaide en tono escandalizado, con la vista fija de nuevo en sus manos—. Fue la prima Dora quien les dio el sofá, pero nuestra querida madre sabía que el tío se había dado cuenta. Estaba recubierto de suave crin negra, y nuestra querida madre me dijo, en broma por supuesto, que, pese a lo agradecida que estaba, siempre le daba miedo resbalarse delante de la gente cuando se sentaba en él. Cuando yo me tumbaba, ella ponía una silla en el lateral para asegurase de que no me iba rodando al suelo.

—Muy sensato —comentó Melanie. Había habido una pausa en la historia; estaba claro que se esperaba un comentario.

—Mucho me temo que nuestra querida madre no era siempre tan previsora —suspiró Adelaide. Era obvio que Melanie también debía suspirar y compartir su queja—. A veces me pregunto… —comenzó Adelaide, pero se contuvo—: No, no estaría bien. Además, no se debe juzgar. Él también sufrió muchas calamidades.

—En cuanto a la *chaise longue,* Adelaide —intervino con timidez Melanie.

—Fue entonces… —Adelaide carraspeó—. Fue antes de que tú nacieras —dijo con obvia resolución—. Nuestra querida madre estaba decidida a obtener esta vez algunas comodidades tras el parto y, por supuesto, por entonces podía elegir y escoger con tino. Papá había comprado el sofá verde cuando nos mudamos a Clapham, pero ese se fue derecho al salón de fumadores, y sé que a ella no le gustaba pedir. Te advierto que era más cómodo con la felpa, pero también había que tener en cuenta los sentimientos del tío Edward. Así que ella misma elaboró los bordados mientras esperaba y lo dejó todo listo para que lo tapizase el señor Tuppitt (el *joven* señor Tuppitt de entonces), justo el día después de que tú nacieras. Recuerdo perfectamente cómo la llevó a la planta de abajo—«No se referirá al señor Tuppitt», conjeturó Melanie—, y la dejó en el *sofá nuevo*, así lo llamamos durante algún tiempo. Debía de ser un domingo, si no él habría estado en Smithfield… —«No, entonces no se refiere al señor Tuppit», decidió Melanie—. O, espera, ¿estaba ya jubilado? —Adelaide se llevó la mano a la frente mientras reflexionaba—. No, era un domingo, porque recuerdo que vinieron Cook y su hija a las oraciones de la tarde, y la enfermera que se ocupaba de ti durante la cuarentena te trajo a ti también a la planta baja para que pudieras, como dijo papá, unirte a nosotros en nuestras oraciones desde el principio mismo de tu vida. Sí, y rezó una oración especialmente para ti aquella tarde. ¡Y ahora estás *ahí* tumbada! —gritó Adelaide al tiempo que señalaba a Melanie con un índice amenazante—. Gracias a Dios, gracias a Dios que están muertos —exclamó mientras enterraba la cara entre sus manos.

Melanie oyó los sollozos roncos y convulsivos con una fría repulsión. La historia había sido inútil. Por un momento incluso olvidó por qué había hecho esa pregunta, tenía claro que nunca habría comprado ese cacharro si hubiera sabido de dónde venía, de la familia de aquel vulgar comerciante, las reticencias, las insinuaciones, las piernas de la madre y Chalk Farm y Clapham. «Entonces, ¿es esto Clapham? —se preguntó de repente—. Había dado por hecho que esto era nuestra casa, pero no, no es nuestra

casa, las habitaciones son diferentes, más grandes, y esto es una planta baja, no un primero, y es victoriano, no de estilo Regencia».

—¿Estamos en Clapham? —preguntó en voz alta, pero, por toda respuesta, Adelaide se agitó con furia y continuó sus sollozos.

«Pero tiene que ser la *chaise longue* —argumentó Melanie—. No existe otro vínculo; debe de haber algo que conecte a Milly con la *chaise longue* de forma tan intensa que incluso yo, en el presente, no he tenido otro remedio que sentirlo al tumbarme en ella. Por supuesto, estoy en el presente —sostuvo—, en el presente real estoy dormida sobre la *chaise longue,* en casa, y la hermana Smith entra sigilosa y vuelve a salir porque sigo dormida. Esto, que parece mucho tiempo, debe de ser instantáneo, sin duración ni realidad. Pero a Adelaide le parezco real —reflexionó—, ¿es que lo que ocurre ahora ocurrió entonces, con Milly, o es diferente porque estoy yo aquí? Pero Adelaide solo puede haber vivido una vez. Ocurriera esto con Milly o conmigo. Y si esto ocurrió con Milly, entonces Milly *soy* yo, o era yo. La Milly que estaba aquí tumbada debe de haber ido al futuro, mi presente, y esto debe de haber ocurrido antes, en el pasado. Así que está más que acabado, no hay futuro venidero, ¿o acaso Milly esperaba…? Pero, por mucho que esperase, debe de haber muerto antes de que Guy naciera, nunca ha visto a Guy, nunca lo ha conocido, o si no el Guy que conociera ya habría desaparecido, de una vez para siempre. No es suficientemente real para eso, no puede serlo —gritó en su interior—, solo es un sueño que nunca se cumplió, quizás un instante de realidad, Adelaide, Milly y yo en el cerebro de Milly, y el resto son ensoñaciones. Debe de haber un modo de regresar y de que esto no haya ocurrido nunca»; con una intensa rigidez, estiró los labios en una mueca convulsa y horrible; Adelaide seguía llorando ruidosamente en la silla, y Melanie, una vez más, estaba agarrotada a causa del miedo.

Al otro lado de la ventana chirrió una puerta y unos pasos hicieron crujir la gravilla.

—¡El señor Endworthy! —exclamó Milly con ímpetu—. Adelaide, he oído al señor Endworthy.

Y, como había anticipado, mientras los pasos subían las escaleras de piedra, Adelaide irguió con presteza los hombros, encontró un

pañuelo remetido en la cintura del corpiño, se frotó los ojos y se atusó el pelo. Debía de haber un cartel de «Llame a la puerta y después toque la campana» en el exterior, pues primero se oyó un aldabonazo imperioso en la puerta y, poco después, sonó la pesada campana del sótano, de cuyo alambre habían tirado. Adelaide seguía de pie ante la silla; sus últimos sollozos dieron paso a una respiración profunda, mientras los pasos sordos de Lizzie subían las escaleras del sótano y atravesaban el zaguán.

—Buenas tardes —dijo el señor Endworthy en el zaguán—, ¿está la señorita Baines en casa? —Y, al oír aquella voz lenta y refinada, a Melanie le asaltó la esperanza. «Está claro que es un hombre culto —pensó—; si consigo que lo entienda, sabrá qué hacer. Es párroco, sabe rezar, eso está bien; los fantasmas de los cuentos siempre se van cuando rezas, yo misma podría rezar», pensó mientras oía cómo el paraguas se deslizaba en el paragüero, cómo dejaba el sombrero, el abrigo y las botas de lluvia, «pero es mejor esperar al religioso. Por supuesto que funcionaría si yo misma rezara y creyera en Él». Evitó meticulosamente el nombre de Dios, que podría constituir por sí mismo una oración aunque también podría resultar ineficaz si lo mencionaban en vano. Sería mejor dejar que lo hiciera el párroco, entonces nada podría ir mal. «Y cuando vuelva —pensó (porque por supuesto había que ofrecer una contrapartida)—, seré religiosa de verdad, no solo en Navidad; después de todo, he recibido el bautismo y la confirmación, me casé por la Iglesia, y la religión… Bueno, la causa de la religión, la única razón de ser de la religión, es que puede mantenerte a salvo. Si la religión no fuera cierta, entonces no habría salvación ni alivio por estar vivo y solo, no habría nada más que la vida y la muerte; no, eso no puede ser… —pensó horrorizada, pues resultaba insoportable—, por supuesto que la religión es verdad y me salvará». Sintió confianza por fin en que aquello era la clave, la magia que no fallaría.

—El señor Endworthy, señorita —anunció la voz de Lizzie al abrirse la puerta; entró el párroco y dejó atrás el sofá de Melanie para ir a estrechar la mano que le tendía Adelaide.

—Señor Endworthy —exclamó Melanie, interrumpiendo los saludos de rigor entre uno y otro—. Señor Endworthy, debo hablarle

a solas. Es importante.

—¡Milly! —clamó Adelaide en una indignada reprimenda, y el señor Endworthy soltó su mano para girarse hacia la *chaise longue.*

«Sí, me sirve», se dijo Melanie al tiempo que levantaba su mareada cabeza de la almohada para examinarlo. Aquel párroco de ojos benignos, nariz grande y autoritaria y cabeza blanca y paternal parecía capaz de obrar milagros a través de las oraciones.

—Siento que no se encuentre muy bien hoy, señorita Milly. —Y en su voz no había reprimenda, sino que mostraba tolerancia y bondad. «¿No debería haberse dado cuenta ya? —se preguntó Milly—. ¿Tiene que llamarme Milly él también? ¿Podrá solucionarlo si no se ha dado cuenta de todo nada más verme?». Inspeccionó su rostro en busca de un cambio, la señal de que había comprendido, pero no encontró ninguna.

—Debo hablar con usted de inmediato —clamó sin reparar en lo que decía a causa de la urgencia, pero él respondió, de nuevo sin enfado:

—Todos hablaremos con todos, así lo espero, señorita Milly. Por eso es por lo que viene uno a tomar el té, ¿no es así? —sonrió, pero no con comprensión, sino solo para tranquilizarla.

Tras él, Adelaide volvió a exclamar:

—¡Milly! —y, después, en dirección al párroco, añadió—: Señor Endworthy, qué vergüenza. Había esperado que hoy… —Se interrumpió y luego continuó, con una nota de desesperación—: Pero nunca se sabe…

El señor Endworthy se volvió hacia Adelaide y dijo con amabilidad:

—No se inquiete, querida señorita Baines. Todos debemos ser más permisivos con los enfermos y los sufrientes, ¿no crees?

La cabeza de Melanie volvió a caer sobre la almohada. Era una tontería esperar que para entonces hubiera ocurrido algo. El tiempo aún les pertenecía, y ella debía, a través de algún vínculo con los demás, encontrar su camino a tientas. Dijo con debilidad:

—Lo siento, Adelaide. Lo siento, señor Endworthy. No tenía intención de ser maleducada; es solo, señor Endworthy, que es imperativo que le hable a solas.

Hubo algo extraño en la disparidad de sus reacciones.

—¡Milly! —volvió a exclamar Adelaide, pero el tono era diferente, ahora no había indignación, sino advertencia y temor. El señor Endworthy se dirigió a Milly y le respondió con amabilidad:

—¿No cree, señorita Milly, que una conversación seria puede esperar hasta que hayamos hecho justicia al festín que observo en la mesa vecina? —Le sonrió con socarronería, y Melanie le devolvió la sonrisa sin muchas ganas. Para ella era esencial que el señor Endworthy detentara total y absolutamente el poder y la razón. Si quería hacer bromitas, entonces estaba bien que se hicieran bromitas. Así que sonrió y dijo con fingido desenfado:

—Siento de veras mi precipitación. —Le resultaba difícil sonreír. Apoyó dolorosamente la cabeza en la almohada y suspiró—. Era solo —continuó— que siento tal necesidad de consuelo espiritual. —Las palabras se formaron con independencia de su voluntad, que habría deseado hablar de una desesperada necesidad de ayuda. Se detuvo, perpleja ante esta discrepancia entre su pensamiento y las palabras que su lengua había pronunciado.

—Lo tendrá usted —respondió el señor Endworthy. Dio un paso hacia el sofá y, tras tomar su mano, la estrechó con suavidad entre la suya. Detrás de él, Melanie podía ver a Adelaide, cuyo ceño fruncido mostraba algo más que desaprobación, como si moviera los labios en un mudo mensaje amenazante que Melanie no podía interpretar.

Su mano fue devuelta a la colcha y el pastor se volvió de nuevo hacia Adelaide.

—¿Qué tal si saciamos nuestras necesidades interiores? —preguntó con jovialidad, y Adelaide llamó a Lizzie, esta vez sin gritarle desde la puerta, sino presionando el mango de la campanilla de porcelana blanca junto a la chimenea.

—Déjenme ayudar —propuso el señor Endworthy, y fue él quien colocó la taza de porcelana estampada sobre la mesita vecina a la cabeza de Melanie, le tendió el bol de porcelana lleno de terrones desmigajados de un azúcar grisáceo y pasó hacia sus brazos débiles una bandeja sobre la que había un panecillo de mantequilla romboidal.

—No, nada más, gracias —replicó Melanie ante la insistencia del señor Endworthy para que aceptara los panecillos o las galletas; al

final, el hombre acabó por desistir y sentarse en la cargada mesa de la ventana, dándole la espalda.

Melanie dobló el pan con mantequilla y trató de comérselo. La mantequilla estaba asquerosa, demasiado salada y algo rancia, parecía haber absorbido aquel olor a podrido de la habitación que advertía constantemente. «Pero debo comer —se dijo—, debo sobreponerme a esta náusea y sentirme fuerte. Esté muerto o no este cuerpo, sigo, de momento, presa en su interior. Comer no significa encadenarme a él, solo alimentar la máquina donde habito, darme fuerza para luchar y pensar; aunque para pensar mi mente necesita este cuerpo, así que mi mente *puede* recibir alimento de esta comida, esta comida podrida, pútrida desde hace tiempo». Engulló, y el pan que había comido le volvía en forma de papilla acre y repugnante a la boca, y se la cubrió con la mano para sofocar el ruido de sus arcadas; forzó el paso de la masa a medio digerir hacia su estómago por temor a que su sufrimiento de enferma provocara la partida del señor Endworthy, al juzgar a la pobre inválida incapaz de soportar más fatigas.

—Han elegido el nombre de Theodore —le estaba contando a Adelaide—, y no puedo evitar sentir….

A pequeños bocados, Melanie se fue comiendo el pan con mantequilla; Adelaide, al levantar la vista, vio que se lo había terminado y se acercó al sofá para sujetar la cabeza de Melanie con una mano y llevarle la taza de té a la boca con la otra.

—¿Desea la señorita Milly que le pasemos algo más? —preguntó el señor Endworthy, incorporándose a medias de la silla, mientras Adelaide enjugaba los labios de Melanie con una servilleta de flecos y respondía:

—Nada más, me temo, señor Endworthy. Ahora mi pobre hermana come como un pajarito. —Y, tras llevarse la taza y la bandeja con ella, volvió a sentarse a la mesa.

—Pero la señora Brandon —comentó ella— apenas estará en condiciones de volver a ponerse de tiros largos… —El pastor sacudió la cabeza vacilante y se preguntó si, en vista de las circunstancias, no habría que hacer un esfuerzo especial.

Su conversación debería haber sido sugestiva; pero era tan solo

aburrida. Era obvio para Melanie que no sería de aquel zumbido de banalidades intemporales de donde saldría el destello de una pista, con su inequívoca iluminación. El té la había refrescado, de eso no había duda, y aún más, le había permitido relajarse, al menos un poco. Por primera de vez desde que despertara, las tirantes cadenas que ataban su carne a toda esa terrible expectación se habían aflojado. «Deberían decir algo que pudiera recordar después —pensó entre divertida y molesta—. En vez de hablar de esas estúpidas mujeres, del tiempo y del mercadillo, deberían hablar de la reina Victoria, de Florence Nightingale y de…. Pero ¿de qué deberían estar hablando? ¿Qué ocurrió en realidad en 1864? La Exposición no, y Crimea debe de haber terminado. ¿Ha muerto ya el príncipe consorte? ¿Quién es el primer ministro?». Ceñuda, pensó: «Pero es que soy yo quien debería saber esas cosas. Tengo que probárselo al señor Endworthy, probarle que vengo de veras del futuro. Debería saber qué es lo que va a pasar, pero ¿qué? Si fuera una de esas mujeres cultas —pensó con enojo, un viejo resentimiento, sepultado por el matrimonio, se alzaba de nuevo en su cabeza—. Yo sé cómo era la época victoriana, claro que sí, solo que eso no se parece nada a estar en ella. Es como ahora», y frunció aún más el ceño mientras apartaba de su mente una serie de palabras: Gladstone y Disraeli,[2] la primera guerra Matabele,[3] la señora Bloomer,[4] los *Tracts of the Times,[5]* el landó y el *brougham;[6]* ninguna de ellas podría expresarle al señor Endworthy lo que debería entender. «No sé las fechas —pensó—, y aunque las supiera, ¿cómo puedo usarlas? Si hablo del cardenal Newman y eso ya ha pasado, no prueba nada en absoluto. Si les digo que caerá el gobierno y morirá el príncipe consorte, no hay prueba alguna de que eso vaya a ocurrir. Descubrimientos e invenciones —se le ocurrió entonces—, eso es de lo que hablaré, eso debería ser una prueba. Tenemos aviones —dijo para sí vacilante, y después intentó repetir la frase en silencio con la boca, pero no le salían las palabras exactas—. ¿Qué he dicho? —se preguntó tras hacer el esfuerzo—. ¿Algo de máquinas que vuelan, o eran máquinas aeronáuticas? Inalámbrico —gritó en su mente—, televisión, penicilina, discos de gramófono y aspiradoras», pero no podía articular ninguna de estas palabras con los labios. «Si puedo

pensarlas, ¿por qué no puedo decirlas? —suplicó—. ¿No puedo introducir nada en este pasado real? Y, si no puedo, entonces incluso estos pensamientos que formulo, ¿los ha pensado antes Milly? Las cosas no pueden ocurrir dos veces —se dijo con cansancio mientras cerraba los ojos; la relajación había dado paso de nuevo a una angustiosa tortura—, he debido de ser siempre Milly, y Milly yo. Ahora es el presente real y el futuro aún está por venir. Pero, si tengo que esperar el futuro, si solo en un tiempo venidero seré Melanie de nuevo, entonces tendrá que llegar otra vez el momento en que la hermana Smith me deje durmiendo en la *chaise longue* y me despierte en el pasado. Nunca podré escapar», y la prisión eterna que imaginó consumió su mente hasta que se desmayó o cayó en una pesadilla de acecho, persecución y pérdida.

—Milly se ha quedado dormida —dijo Adelaide con voz aliviada—, así que creo que quizá…

—No estoy dormida —replicó Milly con cansancio. Las lágrimas humedecieron de nuevo sus ojos cuando volvió a abrirlos, solo para ver a Adelaide y al pastor de pie junto a su sofá. Se aferró a su levita —: No se vaya —rogó—, por favor, no se vaya antes de que haya hablado con usted.

—Le hice una promesa a la señorita Milly —dijo el pastor—. Así que, ¿puedo, señorita Adelaide? Solo unos minutos. Prometo no fatigarla.

—Entonces mejor que nos sentemos de nuevo —dijo Adelaide con deliberado malhumor, y Melanie, aún prendida de la levita del señor Endworthy, puso todo el calor posible en el ruego de su mirada.

Con una vaharada de agradecimiento vio la respuesta en los ojos de él. Su mano soltó la levita, convencida por fin de que la había comprendido.

—Si me disculpa, señorita Adelaide —dijo con suavidad—, creo que debería hablar con la señorita Milly en privado.

Adelaide se puso rígida y dijo con severidad:

—Milly no tiene secretos para mí. —«¿Por qué está tan asustada? —se preguntó Melanie—. No lo sabe. Estoy segura de que no lo sabe».

—Nadie que recuerde los sacrificios que ha hecho usted —contestó el señor Endworthy a Adelaide— puede dudar del perfecto entendimiento que existe entre ustedes. Pero hay veces en las que incluso el entendimiento fraternal… —Habló muy bajito y Melanie no pudo entender bien lo que dijo. ¿Había sido «un alma y su Creador»? ¿Había sido «un alma tan cercana a su Creador»? ¿Qué había dicho el señor Endworthy?

—Entonces los dejo, ya que insisten —concedió Adelaide sin convencimiento alguno. Dejó atrás al pastor para inclinarse sobre Melanie y acomodarle las almohadas, y, según se inclinaba, Melanie oyó un siseo junto a su oreja: «Recuerda. Lo prometiste». Luego, antes de que los ojos desconcertados de Melanie pudieran interrogarla, se había escabullido y marchado, cerrando la puerta suavemente tras ella.

Para sorpresa de Melanie, el señor Endworthy, tras echarle una rápida mirada, se dirigió a la puerta, por detrás de ella. Oyó que la abría y la cerraba de nuevo, y el sonido del pestillo, que antes, al marcharse Adelaide, no había sonado.

—Estas puertas no siempre cierran bien —musitó el señor Endworthy como para sí mientras volvía a la *chaise longue*. Colocó la silla de Adelaide junto a ella, se sentó y tomó la mano de Melanie, que aún colgaba sobre el lateral del sofá, entre las suyas—. Bueno, ¿qué es lo que pasa?

Era vital que se lo explicara correctamente, era imposible saber por dónde empezar. Melanie lanzó una mirada implorante a los ojos del señor Endworthy e involuntariamente empezó a temblar.

—A ver, a ver —dijo el señor Endworthy con suavidad. Melanie abrió y cerró la boca, y el terrible estremecimiento continuó—. Vamos a ver —repitió el señor Endworthy, y para tranquilizarla le estrechó la mano en la suya propia, blanda, blanca y asexuada—. Intente calmarse —sugirió—. Nunca llegará a decirme lo que le preocupa si no se calma primero.

—Pero es que es muy importante —susurró Melanie. Suspiró con pesadez, en busca de un respiro, y tras eso el temblor cesó—. ¿Me jura usted que me creerá? —le preguntó al señor Endworthly.

—Si me dice usted la verdad, por supuesto que la creeré —

respondió. Melanie tragó saliva dolorosamente:

—¿Cuánto hace que me conoce?

Seguro que no era una pregunta extraña. ¿Por qué le respondió como si fuera una niña?

—Creo que tenía usted cinco años cuando sus queridos padres decidieron unirse a mi congregación —fue la respuesta—. Y aun antes ya la había visto trotar acera abajo en dirección a la escuela baptista dominical entre sus dos hermanas mayores. —Le sonrió con bondad—. Siempre fue una niña muy bonita, señorita Milly.

—*Dos* hermanas —repitió Melanie, reconfortada por su amabilidad, pero perpleja por lo que había dicho. No había otra hermana en la realidad que había ido reconstituyendo, solo papá y nuestra querida madre y Adelaide. ¿Por qué no se lo explicaba alguien? Pero, claro, no le explicas nada a quienes conoces bien, porque ya están enterados.

El pastor había fruncido un poco el ceño.

—¿Está segura de que no se ha cansado demasiado para hablar ahora? —sugirió mientras se removía un poco en la silla como si fuera a levantarse para marcharse; Melanie, con su mano libre, se aferró a su muñeca y lo retuvo con debilidad.

—No, no —exclamó—. Pronto verá por qué me he sorprendido. Dígame, por favor, ¿cuándo me vio por última vez antes de hoy?

El pastor habló con sutilidad y delicadeza.

—Fue ayer —señaló—, cuando traje las tarjetas y usted se ofreció, con gran amabilidad, a escribirlas por mí. De hecho, me pregunté si no resultaría demasiado para usted, pero sé qué difícil es mantenerse ocupado cuando uno lleva enfermo tanto tiempo… —Se detuvo para mirarla con detenimiento y vacilación.

Intentando hablar con toda la fuerza que podía, Melanie preguntó:

—¿Me encuentra diferente a ayer?

—¿Se refiere a la apariencia? —inquirió el señor Endworthy—. O…

Melanie lo interrumpió; le parecía más fácil proceder ahora, como si la animara un súbito acceso de confianza.

—Me refiero a cualquier cosa; la apariencia, la forma de hablar, el carácter… ¿Le parezco otra persona diferente?

—Quiere que responda que sí —dijo el pastor—. ¿Por qué desea

eso?

—Quiero la verdad —replicó Melanie—. Tiene que decírmela. ¿Estoy diferente?

El pastor vaciló.

—Es imposible responder a esa pregunta —concluyó—. No sé cuál es la diferencia que quiere que busque. Parece usted quizás menos lánguida que ayer… —se detuvo—. No, eso es verdad ahora, pero no era verdad cuando estábamos tomando el té. ¿Quizás se refiere usted a un cambio espiritual? —Se inclinó hacia delante para clavar en ella su mirada y habló con autoridad—: Vamos, señorita Milly, ¿qué tiene usted en mente decirme?

Melanie confesó con gran dificultad, sufriendo en cada palabra:

—En realidad no soy Milly Baines.

El señor Endworthy no dijo nada, se limitó a seguir mirándola.

—No soy de aquí —dijo Melanie—. He venido del futuro. Estoy casada, felizmente casada. Tengo un bebé… —El señor Endworthy gimió, contrajo el rostro en una mueca de dolor. Ella se aferró convulsivamente a su muñeca y le abrió su corazón.

—Me fui a dormir al sofá, a este sofá, y me desperté aquí. Nunca he estado aquí antes. Nunca lo he visto a usted antes. No conozco esta habitación ni esta casa. No soy de aquí. Quiero regresar. —Por primera vez se irguió en el asiento, aún prendida de su mano—. Señor Endworthy, debe ayudarme a regresar.

—Recuéstese, recuéstese —exclamó con rapidez. Liberó su mano de la de Melanie y se puso en pie mientras la obligaba a tumbarse con suavidad sobre la almohada—. Yo… yo… —tartamudeó, y antes de poder efectuar el movimiento hacia la puerta que Melanie sabía que tenía en mente, ella volvió a hablar acelerada, en tono urgente y suplicante, mientras él permanecía de pie junto al sofá, turbado, con la vista clavada en ella.

—Usted cree que soy Milly Baines, que se ha vuelto loca —dijo—, pero no lo soy. Soy otra mujer. No sé dónde está Milly Baines, quizás esté en mi época y de algún modo nos hemos intercambiado, o quizás simplemente yo esté durmiendo y no pueda despertarme. Pero no soy de aquí, le digo, toda mi vida está en el futuro, mi niño, el hombre al que quiero. Es usted un hombre de Dios. Lo que me ha

ocurrido va contra Dios y debe usted repararlo.

El señor Endworthy preguntó con tristeza:

—¿Cómo puedo hacer tal cosa?

—Rezando —respondió Melanie.

El señor Endworthy esperó un momento en silencio, después se decidió y tomó de nuevo asiento.

—Está teniendo una pesadilla, mi pobre niña —explicó—, y obtendrá todo lo que mis oraciones puedan hacer por usted. Pero quiero que se enfrente con resolución y valentía a esos sueños suyos. No le preguntaré qué le ha ocurrido durante estos largos meses, aunque muchas veces he rogado al señor que usted o su hermana consideraran adecuado contármelo, y así aliviar sus conciencias de las pesadas cargas que deben de llevar. —Terminó con una nota interrogativa, como si esperara que Melanie le ofreciera una explicación, y ella exclamó:

—No le entiendo. No tengo nada en mi conciencia. Solo quiero irme a casa.

Con solemnidad, el señor Endworthy dijo:

—Pero se irá usted a casa, hija mía. Y haré todo lo que esté en mi mano, con la ayuda de Dios, para hacerle más fácil el tránsito.

—Usted cree que estoy hablando de la muerte, señor Endworthy. Pero no es así. Estoy hablando de la vida, de la vida real, donde vivo y soy feliz. Son ustedes los que están muertos, usted y Adelaide y Milly Baines. Yo soy la única que está viva.

El señor Endworthy sacudió levemente la cabeza, una negación desesperada. Después su tono y su expresión cambiaron. Habló con gran franqueza:

—Señorita Milly, mi opinión es que cree usted todo lo que me está diciendo. Siente que de repente todos le somos extraños, que todos pertenecemos al pasado, y que está usted en el umbral de un futuro glorioso.

Melanie lo miró ceñuda, llena de recelo. Él había expresado, no lo que ella creía, sino algo que se aproximaba a ello, una afirmación que podría constituir un puente entre sus malentendidos.

—No es del todo así —comenzó, indecisa sobre si debía usar el puente que él había construido o seguir insistiendo en lo que ella

sabía que era verdad.

—Pero lo que usted cree es correcto —afirmó el señor Endworthy con convicción—. Será usted la primera en llegar a la vida eterna, mientras nuestras almas aún atadas a la tierra no podrán sino envidiar su bendita liberación. No debe sentir confusión ni desmayo, querida Milly, si me permite llamarla así en este solemne momento. Dios todopoderoso reserva para cada uno de nosotros el futuro que desea, y si, para aliviar su dolor terrenal, las promesas que Él le reserva le parecen a usted ahora simples placeres terrenales, debe confiar en que, en Su infinita bondad, revelará en buena hora esa verdadera dicha celestial que todos esperamos y ansiamos.

—Pero no voy a morir —replicó Melanie con desesperación. Después un terrible pensamiento cruzó su mente. Tragó saliva, pero apenas encontró suficiente aire para sus palabras—: Señor Endworthy, ¿no creerá usted que esta tal Milly morirá antes de que yo pueda volver? No, no puedo, no puedo. Debo regresar ahora, debo hacerlo. Estoy… Estoy demasiado sola… —y sus palabras se desvanecieron al reposar la cabeza sobre un lateral en la almohada, con la mente vacía excepto por la soledad y el terror.

Entonces sintió la mano del señor Endworthy en su hombro.

—Escúcheme, querida —pidió, y añadió—: Ahora escúcheme.

Y Melanie, entre suspiros temblorosos, recuperó el control sobre sí misma para volver a mirarlo por fin.

—Esta vida futura que ve, ¿le parece muy real? —le preguntó mientras clavaba en ella la mirada.

—*Es* real —respondió Melanie con fiereza—. Es lo único real. De ahí vengo yo. Tengo un marido y un hijo y estoy segura y feliz. Esto es lo único que no es real, esta pesadilla en la que estoy ahora.

—¿Cree que su alma vive en el futuro y ha vuelto aquí? —inquirió él.

—No ha vuelto —corrigió Melanie—. Nunca he estado aquí antes.

—Pero alguien ha estado aquí —señaló él con paciencia—. ¿A quién he conocido yo todos estos años, si no era a usted?

—A quien conocía usted es a Milly Baines —respondió Melanie con ansia. ¿Estaría empezando a comprender?— No sé qué le ha ocurrido a Milly Baines —dijo ella, y añadió—: ¿O acaso una vez fui

Milly Baines?

Lo miró en busca de la respuesta, que de repente estuvo segura de que poseía; él le respondió con gravedad:

—Creo que sí lo fue —dijo.

—Pero si lo fui… —protestó Melanie mientras se exprimía los sesos—, si fui Milly Baines en el pasado…

—Habla usted del pasado, querida —la interrumpió el señor Endworthy—, pero es en el presente cuando estamos hablando, ¿sabe?

—¿Está usted seguro de que este es el presente? ¿Está usted seguro de que esto es real? —le insistió.

El señor Endworthy sonrió débilmente y dijo:

—Bastante seguro.

—Si usted es real y esto está ocurriendo —continuó Melanie—, entonces esto es de verdad el pasado y no puede cambiarse. Y lo más probable es que esta conversación ya haya tenido lugar antes, exactamente igual, esa pobre muchacha que no sabe cómo volver, tal vez ha ocurrido más veces…

—Ahora no está usted en el futuro —afirmó el señor Endworthy con seguridad. Quizá solo pretendía sacarla de sus tristes especulaciones, pero ella lo interpretó como si estuviera intentando ayudarla a buscar, y preguntó:

—¿Quiere decir que esto solo puede ocurrir una vez, que aunque cuando estaba en casa tenía el pasado a mis espaldas, ahora lo tengo ante mí? —Y, sin esperar respuesta, continuó—: Entonces, cuando estaba en mi casa, feliz, la pobre Milly Baines ya había pasado esta terrible tarde, aquí tumbada intentando explicarse y sin nadie que la creyera… —Miró llena de esperanza al señor Endworthy, convencida de que contaba con su apoyo y de que juntos pronto encontrarían una solución, y tras la solución, la liberación.

—Debemos detener esto —apremió el señor Endworthy, sin dirigirse a ella, ni a sí mismo, ¿tal vez a Dios? Se puso de nuevo de pie, ahora no como si fuera a marcharse, sino para encarnar la autoridad, mirándola desde una posición más elevada.

—No pretendo —dijo— entender los caminos de Dios. No puedo sino someterme a las doctrinas de nuestra Iglesia, que nunca ha

apoyado esas creencias orientales en las que el alma que se marcha puede regresar a una nueva morada humana. Nuestra Iglesia siempre ha plantado cara con firmeza a cualquier forma de adivinación y profecía, contra todos aquellos que se dicen capaces de levantar esa cortina que vela el futuro de modo tan inescrutable y, si se me permite la expresión, tan piadoso. Sé que usted de alguna manera cree en lo que me está diciendo y, excepto por un aspecto, incluso yo mismo podría haber creído que, en este terrible momento, nuestro Señor, en Su infinita compasión, ha considerado adecuado no revelarle a usted su verdadero futuro, sino consolar su dol… —se detuvo, y ella se quedó observándolo mientras él buscaba otra frase para continuar—: consolarla con agradables visiones de esos placeres naturales de los cuales su corta vida se ha visto desprovista —y alzó sobre el sofá un brazo amenazante—. Pero no puedo creer tal cosa. No puedo creer que haya recibido esos sueños que la atormentan de nuestro Padre Celestial —. Su voz se hizo profunda e inculpatoria—. Esos sueños suyos vienen del Diablo, es un horrible pago por pecados que yo no conozco, y a través del arrepentimiento, solo a través del arrepentimiento, se verá libre de esos terrores.

—Me arrepentiré, me arrepentiré de cualquier cosa que Milly hiciera, juro que me arrepentiré por ella, pero, por favor, rece usted por mi salvación.

Él bajó el brazo poco a poco hasta colocarlo en su costado.

—¿Se arrepentirá de sus pecados? —inquirió, y Melanie respondió con debilidad:

—Me arrepentiré. —Y en su mente, gritó: «¡Los míos y los de Milly, me arrepentiré de todos los pecados conocidos y desconocidos, con tal de que rece!».

—¿Desea hacerme alguna confesión en especial de sus pecados? —preguntó el señor Endworthy, aún con la severa voz de la autoridad sacerdotal.

—Aún no —respondió Melanie temerosa. Había querido decir: «Ahora no», pero las palabras salieron de modo diferente.

—Recemos entonces —propuso el señor Endworthy, de nuevo consolador y suave. Con orden y precaución se colocó de rodillas ante el sofá y enterró el rostro entre sus manos.

—Padre misericordioso y Dios de todos los consuelos —rezó el señor Endworthy—, solo nuestra ayuda… —Y Melanie cerró los ojos y unió las manos, dedo contra dedo, ofreciendo todo su ser a la sumisión y el arrepentimiento, sin escuchar las palabras del pastor, tan solo oyendo su sonido, intentando impregnarse por entero de la omnipotencia divina, con la conciencia de la espera y la esperanza, la espera y la esperanza de que ocurriera algo, mientras oía al señor Endworthy concluir—: Gracias a los méritos y la mediación de Jesucristo, tu único hijo, nuestro Señor y Salvador. Amén. —Lo oyó ponerse en pie y supo que tanto mantener los ojos cerrados como abrirlos de nuevo era igualmente vano.

«El tiempo se había desvanecido mientras él escuchaba a la alondra».[7] Eso es lo que su mente desolada pronunció y, en el momento en que el sacerdote se puso de pie, recordó la historia que terminaba con dichas palabras, el monje que vagaba por el jardín del claustro para escuchar a la alondra y volvía solo para darse cuenta de que habían transcurrido cien años. «Y yo percibía la primavera —recordó—. Estaba en éxtasis cuando me quedé dormida, el éxtasis que uno experimenta una vez, dos, media docena de veces, cuando ser humano ya no es un terror solitario sino una gloria, cuando el tiempo se desvanece ante la perfección. El éxtasis es intemporal. ¿Es esa quizás la clave? —se preguntó—; ¿es el éxtasis una existencia en todos los tiempos y ninguno, y el regreso al tiempo una conexión aleatoria, un instante en la extensión del tiempo tan posible como cualquier otro?».

Pero la oración debería ser éxtasis, pensó, éxtasis religioso, y se respondió a sí misma que esta vez no había conseguido alcanzarlo a través de la religión, que el simulacro de éxtasis que estaba intentando alcanzar mientras el párroco rezaba, un retiro total hacia el sí intemporal, la transfiguración de la carga del ser en su apoteosis, todo esto, aunque lo pretendía con sinceridad, había sido fingido. Así que cuando las oraciones obran milagros en los libros, no es por las palabras del rezo, no es ni tan siquiera la oración, sino que el instrumento es el éxtasis; «tiene que ser el éxtasis, porque yo he intentado ese milagro a través de la oración y de sus palabras, y no he logrado ningún éxito, es una magia inútil, una magia fracasada.

»El éxtasis siempre me había parecido una cosa sospechosa —se dijo—. Sabía que estaba mal, eso le dije a Guy; bueno, quizás no con tanta seguridad, pero me hice preguntas, se las hice a él también. Fue la primera vez que dormimos juntos, no, no la primera vez, esa fue un desastre —admitió—, sino la segunda vez», y recordó la desvencijada cama con dosel del hotel del Bosque de Dean. «Y después, era como volver a la vida tras la muerte, y le dije a Guy: "Esto no puede estar bien, no podemos estar hechos para experimentar tanta dicha", él estaba casi dormido y se rio y me dijo que en el fondo era una puritana. Y le pregunté si la gente religiosa creía que estaba bien sentir el éxtasis a través de Dios, y él me dijo que sí, que era el único que aprobaban. Después se fue a dormir y por la ventana se veía un amanecer gris y lluvioso, y recordé aquella vez cuando tenía dieciséis años e iba bajando sola la calle South Audley y entré en la capilla. No había nadie y estaban tocando el órgano. Me senté y se me inundó la mente de Dios, de un éxtasis de Dios, y también en aquella ocasión, volver fue como regresar a la vida, exactamente lo mismo que cuando yací con Guy, un éxtasis idéntico, fuese humano o divino.

»Es el éxtasis lo que hay que temer —se dijo con temblorosa seguridad—, supone una separación, una ruptura de la realidad y del tiempo, y no es seguro. Solo es seguro sentirlo un poco, aferrarse al tiempo y no dejar que nada te arrastre como me ha arrastrado a mí: y tal vez esa sea la manera, la única manera de que me lleve de vuelta».

No había oído los pasos que subían desde la puerta principal, pero advirtió que caía la aldaba y que sonaba la campana del sótano.

—Debe de ser el señor Charters —dijo el párroco. Se había levantado con torpeza del suelo y le sonreía con benignidad—. Le dije que nos buscara aquí.

Los pies de Lizzie botaban sobre los escalones de piedra, y el párroco se giró hacia la puerta. Con una fuerza desesperada, Melanie atrapó la levita y lo sostuvo.

—Puedo probárselo —gritó—. Solo espere y escúcheme, puedo decirle qué ocurrirá en el futuro, máquinas y carros sin caballo y materiales maravillosos… —Ojalá que las palabras brotaran

correctamente, las palabras que debían decir: *frigorífico*, *plástico* y *bomba atómica*—. Si me escuchara, podría probárselo —le rogó, porque si él pudiera escucharla y entender, entonces la oración surtiría efecto. Pero él se limitó a decirle, ausente, sin girarse siquiera a mirarla:

—Ya veo que ha estado leyendo a la Madre Shipton. —Y, con una sonrisa expectante, señaló la puerta con la cabeza al escuchar los pasos de Lizzie por el zaguán, a los que se unían los de Adelaide, que no subían (ahora también Melanie hizo un esfuerzo por escuchar) ni bajaban las escaleras, sino que llegaban del dormitorio de detrás de las puertas correderas.

En ese momento el señor Endworthy se giró hacia Melanie para decirle a modo de rápido consuelo:

—Esta casa es una construcción muy sólida. No creo que haya podido oírse nada. —Y después, al parecer conmovido por la desesperación que se reflejaba en su rostro, añadió—: No hay nada que temer, señorita Milly.

Aquellas palabras, pensó Melanie, eran de verdad. No estaba hablando como el señor Endworthy, el párroco victoriano, sino desde la intemporalidad. «Me está diciendo que todo irá bien y que podré volver a casa». Así que, con un alivio casi más allá de lo soportable le sonrió y soltó la levita; él le dijo juguetón, tras devolverle la sonrisa:

—Señorita Milly, sigue siendo usted una niña muy bonita cuando sonríe.

Ambos habían oído, durante este diálogo, las voces desde el zaguán, la de Lizzie, la de Adelaide y la voz joven y fuerte del señor Charters, una voz ante cuyo sonido a Melanie le había dado un vuelco el corazón, del que luego se recuperó, aunque le quedaron algunas preguntas.

—¿Todo bien? —preguntó el señor Endworthy a Melanie, y ambos estaban sonriendo cuando se abrió la puerta y Adelaide entró seguida por el señor Charters.

Melanie advirtió con sorpresa que Adelaide llevaba ahora otra ropa, una especie de capa sobre los hombros y una ancha toca negra con una línea blanca sobre el oscuro pelo recogido. Después, al mirar detrás de Adelaide y ver al señor Charters, un escalofrío, un extraño

escalofrío de urgente deseo recorrió todo su cuerpo, todo cambió al volver a ver al señor Charters.

«Al menos tendrá que tocarme la mano —musitó para sí con avidez—, no podrá evitar tocarme la mano», y lo miró llena del deseo de que se acercara y la tocara. Pero él solo permitió que sus ojos se encontraran con los de ella durante unos segundos.

—Buenas tardes, señorita Milly —dijo con una reverencia, pero apartó de ella la mirada en cuanto empezó a hablar y continuó a toda prisa mientras se volvía hacia el párroco—: Confío en no haberme retrasado, señor. Me entretuvo el viejo Graves.

El párroco sacó un reloj de uno de sus bolsillos interiores.

—Se ha retrasado solo cinco minutos sobre la hora de la cita —dijo jovialmente—, y la señorita Milly y yo hemos hecho buen uso de esos cinco minutos.

¿Por qué tanto Adelaide como el señor Charters se estremecieron ligeramente al oírlo hablar y después echaron un rápido vistazo alrededor como para asegurarse de que nadie más lo había advertido, ni siquiera el otro?

—¿Sabe si vendrá la señorita Rampole? —preguntó el párroco, y mientras Adelaide y el señor Charters ofrecían informaciones e hipótesis por toda respuesta, Melanie clavó la vista en el señor Charters para exigirle a su mente, o a la de Milly, que le explicara por qué la llenaba de tan poderoso deseo y dolor.

«Nunca lo he visto antes —se dijo al mirar el pelo y la barba de rizos castaños, el color rosado de la tez, la boca dulce y suave—. Estoy casi segura de que no lo he visto antes, y lo deseo más que a ningún otro hombre que haya conocido nunca; no —corrigió haciendo memoria—, no más que a Guy. Lo deseo como deseaba a Guy en aquella maldita semana en Gloucestershire antes de que nos casáramos, cuando cada vez que lo miraba durante el día, en el comedor del hotel con otra gente delante, donde fuera, recordaba sus manos sobre mí, su boca en la mía, y me estremecía con el deseo de que me tocara, me besara, me tomara de nuevo. Gilbert, vuelve a mí —gritó una voz que atravesó su mente, y Melanie se pidió explicaciones a sí misma—: ¿Qué he dicho? ¿Qué nombre he dicho? No puedo desearlo así si es la primera vez que lo veo —

exclamó, mientras a su alrededor se desarrollaba la trivial charla de sociedad—; si siento hacia él lo que he sentido hacia Guy, y hacia nadie más, es que quizás sea Guy. Quizás sea Guy —se repitió—, Guy en el pasado o Guy en mis sueños, quizás ya hayamos estado juntos antes, o quizás, como nos queremos tanto, estamos juntos incluso en nuestros sueños. Pero, si es Guy, ¿por qué no me mira, por qué pone tanto cuidado en no mirarme, por qué le asusta tanto mirarme? ¿Podía Guy mirar así, haber mirado así? —se preguntó—. El mismo color de pelo… La boca de Guy no es tan suave, pero, si hubiera sido el hijo único de una viuda, consentido y mimado, podría haber sido así. No creo que sea Guy, pero no puedo estar segura. ¿Cómo puedo sentirme así hacia un extraño, cuando solo he experimentado esto por Guy?».

Ahora volvió a oír su conversación.

—¿Qué novedades tiene de la señorita Tufnell? —le preguntaba Adelaide al señor Charters con un tono nuevo en la voz, una especie de malicia traviesa. También el párroco sonreía, y solo el señor Charters pareció incómodo, casi violento, al responder:

—Ha estado en Darjeeling con su madre, visitando a algunos conocidos. —Se giró a medias, como si no pudiera evitarlo, para echar una ansiosa mirada a Melanie, y luego, tras volverse, continuó —: Ha dicho por carta que el coronel tuvo que quedarse en Bengala por un asunto militar.

—Vuelve en septiembre, ¿no es así? —preguntó Adelaide, aún sonriente, y el párroco respondió por el señor Charters:

—Y en octubre sonarán las campanas de boda, y entonces mis dos sotacuras tendrán a sus mujercitas para que los consuelen de sus tribulaciones.

«No en octubre —gritó Melanie para sus adentros—, no tan pronto, no, no puede ser, algo lo impedirá». Debió de decirlo en alto, al menos las primeras palabras, pues el párroco se giró para contestarle:

—¿Usted cree que una boda en primavera es más bonita, señorita Milly? Debo confesar que estoy de acuerdo con usted, pero después de tanto tiempo, nuestro buen amigo está ansioso por establecerse. ¿Cuánto tiempo lleva sin ver a su futura novia, Gilbert? —preguntó, y

el señor Charters respondió:

—En septiembre hará tres años. —Y volvió a lanzarle a Melanie esa extraña mirada.

El párroco tenía el reloj en la mano.

—Creo que deberíamos irnos ya —anunció, y Adelaide se acercó al sofá para decir con falsa preocupación:

—¿Estás segura de que te encuentras bien para quedarte sola, Milly? Tienes la campana a mano y… espera, mejor te dejo un poco de jarabe de láudano por si te entra la tos… —Se dirigió al armarito labrado de la esquina y, mientras se ocupaba de la botella y el vaso, el señor Charters, aún sin mirar a Melanie de forma directa, masculló con torpeza:

—Espero que su tos no le haya ocasionado muchas molestias últimamente, señorita Milly.

«Debo luchar —se dijo Melanie—, debo estar bien y en condiciones de luchar, no ser una pobrecita encadenada al sofá». Le sonrió, recordando deliberadamente cómo había sonreído a Guy, y respondió con la misma voz con la que había respondido a las solícitas preguntas de Guy:

—Cada vez me molesta menos, señor Charters, pero es usted muy amable, no, más que amable por preguntarme.

El señor Endworthy debió de oír algo nuevo en su voz, pues se giró con rapidez y dijo sorprendido:

—Bueno, esas son las mejores noticias que he oído hoy, señorita Milly. —Y acto seguido Adelaide regresó al sofá con un pegajoso líquido marrón en un vaso bajo y grueso cubierto con una muselina sujeta por unas cuentas azules.

—Creo que eso es todo —concluyó. Se inclinó para tender la mano enguantada sobre la frente de Melanie; luego la retiró, al parecer satisfecha—. Estoy lista —informó a los caballeros, y el señor Endworthy, al pasar junto al sofá camino a la puerta, hizo una pausa para despedirse:

—Buenas noches, señorita Milly. Que Dios la bendiga. —Y, tras él, acercándose al sofá, estaba el señor Charters, que echaba rápidos vistazos a la espalda de Adelaide y al párroco, y después, con celeridad, movía furtivamente las manos hacia Milly.

«Va a tocarme —se dijo temblando—, pese a todo no podía irse sin tocarme»; entonces, en la puerta, Adelaide se giró, y en ese instante, como si nunca se hubiera movido, la mano del señor Charters estaba de nuevo a su espalda.

—Se me había olvidado el médico —dijo Adelaide con irritación, antes de explicarle al señor Endorthy—: Lo mandamos llamar antes, cuando Milly parecía encontrarse peor. Me pregunto si, después de todo, no es mejor que espere por si aparece.

—¿Cree usted que vendrá tan tarde? —inquirió el señor Endworhty, pero Adelaide respondió:

—Es muy abnegado. Por supuesto, podría enviar a Lizzie, pero no me gusta dejar sola a mi hermana.

—Pero podemos dar un rodeo para pasar por allí —sugirió el señor Endworthy con la satisfacción de quien encuentra la solución—. Solo nos llevará unos minutos más y, al ser consecuencia de que la señorita Milly se encuentra mejor, es un tiempo bien empleado.

—Qué amable de su parte —dijo Adelaide con evidente alivio—; debo confesar que me habría preocupado faltar… —Y Melanie se perdió las últimas palabras, pues Adelaide atravesó la puerta en dirección al zaguán, seguida por los caballeros.

La puerta no se cerró del todo tras ellos, y Melanie oyó al señor Endworthy poniéndose las botas de agua, el abrigo, el sombrero. A continuación el señor Charters exclamó:

—¡Mis guantes! No, no se preocupen… —Y abrió la puerta de un empujón para entrar de nuevo en el cuarto.

Por un instante se quedó de pie junto al sofá, mirándola con infinita tristeza y dolor. Al momento siguiente estaba de rodillas a su lado, con el rostro junto al suyo.

—¡Melly! —gimió, o eso le pareció—. ¡Melly! —Acto seguido se puso de nuevo en pie a toda prisa y se marchó.

Y pronto todos desaparecieron, la puerta delantera se cerró de modo definitivo tras ellos, y Melanie se quedó sola. «Tiene que volver —se decía llena de deleite—, esto no ha terminado en absoluto, al final acabará volviendo a mí», y, de repente, con una consternada penetración, pronunció en voz alta:

—¿A mí? —y luego añadió, aún en voz alta, pero ahora con un

sordo terror—: Cuando él estaba aquí, no era yo. Era Milly Baines.

El miedo era como los mareos, llegaba en oleadas, un latido atronador que resonaba en el estómago y hacía vibrar todo el cuerpo. Pero ¿quién tenía miedo, Milly o Melanie, Milly vencida por Melanie, Melanie vencida por Milly, o ambas a la vez? «Hablé como Milly cuando le dije que había llegado el señor Endworthy —recordó, y luego añadió—: Pero él me llamó Melly. Le oí llamarme Melly. De algún modo, él está vinculado con que yo sea Melanie, y, si me aferro a ese pensamiento, soy Melanie, no Milly. Estoy allí, no aquí, aquello es lo real y no esto», y por fin se extinguió la angustia, temblorosa y enfermiza.

No obstante, dejó tras de sí un nuevo miedo consciente, el miedo de que Melanie se viera una vez más abrumada por Milly, de que los momentos en los que Melanie solo y únicamente podía ser Melanie se hicieran cada vez más escasos, como el mareo que vuelve una y otra vez, como los intervalos lúcidos entre brotes febriles, que se ven ensombrecidos por la certidumbre de que la fiebre volverá. «Tengo que pensar mientras haya tiempo —se urgió Melanie—. Debo encontrar un patrón, un nuevo patrón, el correcto.

»Me llamó Melly —se repitió—, y, siendo así, ¿acaso es que tanto él como lo que sentí por él están relacionados con el patrón?». Por un instante sintió el cuerpo de él sobre ella, notó por debajo el contorno del bordado de la *chaise longue* y, en ese momento, una enorme repugnancia borró la imagen. «Está muerto —pensó Melanie —, es horrible relacionar el amor y la muerte, pensar en ser tocada por un muerto. Solo Guy puede tocarme y amarme; tengo que descubrir ese patrón y volver a Guy. No pienses en la muerte —se dijo—, ni en el amor ni en hacer el amor, ni en Gilbert ni en Guy, solo en el problema, que está compuesto de piezas desordenadas al azar, pero que puede reorganizarse hallando el hilo que une la verdad y la realidad.

»¿Será un desafío?», se dijo. Examinó de forma provisional esa alternativa: ¿contenía el desafío la formulación necesaria de un patrón? «¿Me ha colocado aquí alguien (el destino, la providencia, Dios) para ver cómo reaccionaba y liberarme si reaccionaba bien? Eso es una pauta que se puede seguir —decidió con nerviosismo—;

ahora solo tengo que establecer lo que es correcto», cosa que no resultaba difícil, porque las frases acuñadas por generaciones y generaciones necesitadas de valentía esperaban en el depósito de su mente. «Dominar mi destino, sonreír ante el rostro del peligro, mantener la cabeza alta, enfrentar el problema, con valor, salir a su encuentro, luchar y esforzarse para hacerlo lo mejor posible». Ninguna respuesta tenía un peso tan definido y probado como esa. «En consecuencia, pues, no esperar con pasividad —pensó Melanie —, aceptar la respuesta, luchar y esforzarse y hacerlo lo mejor posible, y ese *alguien* que está observando valorará y juzgará, premiará mis triunfos y decidirá si paso o no la prueba. Y la pasaré —se dijo con convicción—, lo primero que necesito es estar bien, superar esta debilidad que me confina aquí, y que no es mi debilidad, sino la de Milly Baines. Yo, Melanie, puedo estar bien y fuerte».

Con lentitud apoyó los codos en el sofá, alzó el brazo derecho hasta que su mano se colocó sobre la voluta de madera que coronaba el respaldo curvo y se aferró a él. «Por supuesto, será difícil al principio —se dijo para tranquilizarse—, porque no lo he intentado; he aceptado esta debilidad de Milly, pero ahora, con mi propia fuerza, me sobrepondré a ella». Mientras esperaba, posponiendo la prueba, se preguntó: «¿Y si supero esto? ¿Y si consigo sentarme y sonreír, qué hago después? ¿Cuántas pruebas debo superar antes de liberarme?».

Y de nuevo encontró la respuesta en las frases tradicionales: el trabajo que se nos ha encomendado, cumplir con nuestro deber por amor a quien nos ha llamado, asumir la pesada carga sin quejarse. «Conque —tradujo para sí— debo superarlo siendo Milly, una Milly valiente y buena, arrepentirme en tanto que Milly», (dijo esta última frase sin haberla pensado, y se extrañó). «Lo haré —prometió—, pero no durante mucho tiempo, por favor. No puedo irme a dormir siendo Milly, sola en esta noche oscura y hedionda, despertar un nuevo horrible día siendo Milly»; pero, mientras expresaba estos últimos miedos, supo de algún modo que no eran más reales que el miedo a un accidente de tren o al naufragio de un barco o a un trueno. Estaba casi segura de que no se tumbaría a dormir siendo Milly, no se quedaría sola en la oscuridad siendo Milly, ni se

despertaría a otro horrible día siendo Milly.

«Ya —se dijo—, ya ha pasado bastante tiempo, si espero más habré fracasado», y clavó los codos en el sofá mientras se aferraba al mismo tiempo a la voluta de madera. Tenía la mano tan débil que apenas podía sujetarse, sentía la cabeza tan mareada que casi no podía levantarla. Suelta, gritaron los músculos de su brazo, déjame desplomarme, déjame descansar, gritaba el brazo tembloroso; pero Melanie se agarró con la mano y alzó la cabeza, hincó aún más los codos y, tras empujar, tirar y luchar, levantó centímetro a centímetro los riñones y el trasero, y por fin estaba sentada, aún aferrada, aún sujeta, con la espalda apoyada en el respaldo curvado de la *chaise longue*.

«¿Servirá esto? —se preguntó triunfante, pero no hubo respuesta—. En realidad no esperaba que fuera suficiente —se dijo de inmediato —, aún hay que ser la Milly buena y valiente, amable con Adelaide, noble, hay que corregirlo todo. Para empezar, tengo que esperar a que la cabeza deje de darme vueltas, y después la alzaré de nuevo y me sentaré erguida. Si me incorporo, estaré activa, no inerte. Dominaré este mundo».

Esperó, pero la cabeza seguía dándole vueltas, mareada y aturdida. Por fin fue imposible decir que no había esperado bastante. Se le quedó dormida la mano derecha a causa del esfuerzo por sujetarse, pero no desesperó, después levantó la cabeza del respaldo e irguió la columna vertebral. Estaba sentada erguida, inclinada hacia delante, sostenida sobre el brazo tenso y cansado, tosiendo, tosiendo y tosiendo.

Y, allí agazapada, doblada sobre el brazo derecho, en tensión, incapaz de detener el doloroso martirio de la tos, su mano izquierda, sin voluntad, se puso a hurgar entre las colchas, hurgó, buscó, encontró y después se llevó algo a la convulsa boca, presionó contra ella aquella horrible suavidad familiar; la tos continuó, el cuerpo se deslizó hacia atrás en el sofá, el brazo exhausto resbaló para caer de nuevo sobre la colcha, y Melanie se encontró de nuevo recostada, desplomada y acabada, aunque la tos remitía por fin, y sus ojos observaron cómo la mano izquierda retiraba de la boca el pañuelo manchado de sangre.

«Entonces Milly también tiene tuberculosis —susurró, aunque se la pudo escuchar, y lo que dijo fue: "Milly tiene tisis"—. Milly y yo, ambas tísicas. Pero yo no estoy tísica, estoy casi bien, estoy curada —recordó de pronto. Miró el pañuelo que resplandecía empapado de brillante sangre roja—. Nunca he tosido sangre —musitó horrorizada —, solo se tose sangre si se está… si se está casi…», pero esta vez era el miedo lo que bloqueaba las palabras. «Y nadie se curaba en esta época —pensó—, abajo en la tumba, el hermoso, el fuerte.[8] Yo podría curarme, pero ellos no. Y ¿cómo puedo superar la prueba si el cuerpo en descomposición de Milly no me deja?», exclamó.

Así que aquel no era el patrón. No era ese el suplicio requerido, ser Melanie dentro de Milly, la valiente Melanie en lugar de la exhausta y abatida Milly. De repente pensó: «Entonces lo que debo hacer es salvarla, salvarle la vida, por eso me han enviado aquí, porque yo sé cómo salvar a Milly, con aire fresco, luz del sol, leche y descanso», pero entonces, con igual prontitud, la pregunta era: «¿Salvar a quién? ¿A Milly o a mí? Yo en este cuerpo, en el cuerpo moribundo de Milly, ¿debo morir en el cuerpo de Milly porque es muy pronto para que se salve? Pero yo sé cómo curarme —reflexionó—, seguro que esta es la prueba y el suplicio, salvar a Milly y salvarme a mí, salvar y recibir la salvación».

Pero la tos había vuelto, la tos horripilante y destructora. El jarabe tenía que estar allí, pensó, y recordó: «Sí, Adelaide lo dejó allí». Tanteó la mesa, retiró de un tirón la muselina del vaso y lo arrastró con torpeza por la superficie, el encaje estaba arrugado, pero antes de poder llevarse el vaso a los labios la tos se había apoderado de nuevo de ella, tenía el mentón en el pecho, ambos se sacudían en convulsiones al unísono y el vaso se zarandeaba y agitaba en su mano.

En esta ocasión no oyó los pasos en las escaleras del exterior, ni que llamaban a la puerta y tañían la campana, o acaso, se preguntó en el mismo segundo en que la puerta se abría, era innecesario que los pasos subieran las escaleras o que la mano tañera la campana, ya que en sueños se podía ir y venir sin ton ni son ni causa alguna, ¿no había fuera un mundo regido por la causa y el efecto que se extendía hasta los límites del universo?

—El doctor, señorita —anunció la voz ronca de Lizzie, y, mientras Melanie seguía tosiendo con dolorosa indefensión y esperando a que el médico se le acercara, pensó: «Es a él a quien debo convencer, no de lo difícil, no de lo que realmente ha ocurrido, sino que debo indicarle de algún modo cómo puedo curarme».

Aún no podía mirarlo porque tenía los ojos cerrados a causa de la tos, pero sintió que su mano congelada le rozaba el cuello al pasarle el brazo por los hombros para incorporarla un poco; de ese modo, la intolerable presión se mitigó en parte y la tos remitió hasta convertirse en jadeos ahogados. Le había quitado el vaso de la mano para llevárselo a la boca; ella succionó con avidez, necesitada de que el viscoso líquido aturdiera el dolor. Después lo miró y pensó: «No es un buen médico. El señor Endworthy era un buen sacerdote, pero este hombre no sirve. Y no lo he visto nunca antes», se cercioró con alivio al mirar el pelo lacio y negro, la cara pálida, anodina, y un bigote negro y largo.

—Siento encontrarte tan alterada —dijo el doctor con desgana, y entonces ella supo que no albergaba ninguna esperanza porque hacía tiempo que él ya había decidido el curso de su caso, y no tenía capacidad para cambiarlo.

«Pero eso no es justo para mí —pensó con furia—; si el doctor no es diligente, entonces tengo todas las de perder». Después reflexionó: «A lo mejor no es estúpido, sino que tan solo está desesperado, y tal vez cambie si puedo convencerlo con fuerza y sentido común». En ese momento le estaba tomando el pulso mientras miraba el armatoste de reloj de plata que tenía en la mano, no un reloj de oro como el del señor Endworthy, sino el reloj de plata de un médico sin demasiado éxito.

«¿Cómo formularlo para que no lo rechace de plano pensando solo que estoy delirando o que me he vuelto loca?», se preguntó Melanie. Tras sopesar con precaución cada palabra, se decidió por un «¿Cree usted en el instinto?», y abrió la boca para decirlo, solo que no le venían las palabras.

—Toma —dijo el doctor al ver la boca abierta, y cogió el vaso de agua de cebada para ofrecérselo. Melanie negó con la cabeza y él esperó con paciencia, sin parecer sorprendido de que las palabras

tardaran tanto en llegar.

«¿Por qué no puedo decir *eso*? —se preguntó Melanie llena de sorpresa—. Ahora sé que aquí no puedo hablar de cosas que no existían entonces, pero el instinto existía, tanto la palabra como la cosa. ¿Por qué no puedo articularlo?», y entonces se le ocurrió una respuesta: que la palabra no podía ser pronunciada porque Milly Baines no la conocía, la pobre tonta de Milly Baines, con su cerebro debilitado que, sin embargo, era más poderoso que el de Melanie. «Pero yo nunca he sido lista —confesó—, solo sé las cosas que sabe todo el mundo, igual que Milly, solo que en el futuro… solo que *ahora* —se corrigió presa del terror—, la gente corriente sabe mucho más. Sé que soy tonta en comparación con la gente lista, pero Milly es tonta en comparación conmigo».

—Milly es tonta —pronunció en voz alta, y para su sorpresa lo acompañó con una sonrisa que encontró respuesta en otra sonrisa de complicidad en el rostro del médico, como si fuera una broma que se hubieran gastado muchas veces antes.

—Milly es *muy* tonta —respondió el doctor con fingida severidad, y le pellizcó ligeramente la mejilla—. Pero Milly va a ser buena chica ahora, ¿a que sí?

Parecía menos trivial, menos estúpido cuando sonreía, y su sonrisa era cariñosa e insensata. «Antes le produje asco —descubrió Melanie —, tiene una imagen de mí diferente a la de ahora, aquí tumbada pudriéndome. Entonces, ¿fue él quien…? ¿Quién qué? Excepto Guy que me está esperando ¿qué tiene ningún hombre que ver con esto?».

No eligió la voz coqueta y juguetona cuando preguntó:

—¿Va a ayudarme Philip a ser una buena chica?

Y no se sorprendió cuando él contestó con malicia:

—Milly sabe cómo ser mala sin ninguna ayuda de Philip, ¿no es así? —Según terminaba la frase se enfureció de repente, y la cogió con fuerza de los hombros, haciéndole daño, mientras preguntaba—: ¿Por qué no le pidió ayuda Milly a Philip si quería ser traviesa?

—Me estás haciendo daño —se quejó Melanie con voz entrecortada. Pero los dedos del doctor se hincaron aún más en sus hombros y su cabeza se acercó de modo amenazante a la suya:

—Quiero hacerte daño —musitó con fiereza—. Te gusta que te hagan daño, ¿no? No siempre gritas, te sacudes y protestas cuando un hombre te hace daño. Oh, Dios mío, si hubiera sabido…

—Me haces daño —repitió Melanie elevando el tono debido a la sorpresa. Entonces él la soltó y se irguió. Con la vista puesta en ella, dijo con una rabia cansina:

—Pensabais que era tonto, ¿no? Tú y tu hermana. *Oh, Milly está mucho mejor, de veras que no necesita atención médica. Me temo que ver al médico solo serviría para preocuparla.* —lo decía con una voz aguda y artificial, y Melanie advirtió que, sin pretender ningún otro parecido que el de un tópico de feminidad perversa, era la voz de Adelaide la que estaba imitando.

—Durante seis meses —continuó con su voz furiosa—no te vi, no te vio nadie, siempre la misma historia —de nuevo la imitación—: *Oh, sí, doctor, se encuentra muy bien, cada día está más fuerte, le ha sentado tan bien su tratamiento*… —Se interrumpió para añadir con odio—: Pero no era mi tratamiento lo que te sentaba bien, ¿eh, Milly?

—No deberías hablar de ese modo —reconvino Melanie con fiereza, tratando de expresar que ningún médico debería hablar así, con la intención de destruir en lugar de ayudar, ni culpando de alguna mala acción incomprensible de Milly Baines—. Eres médico —le reprochó, y él se hizo eco:

—Sí, soy médico, eso es lo que olvidasteis al volver a llamarme…

Volvió a su imitación, un ridículo graznido:

—*Oh, señor Blundell, mi hermana ha tenido una recaída. Oh, señor Blundell, venga a verla de nuevo.*

—Estoy segura de que Adelaide nunca ha hablado de ese modo —respondió Melanie sin conmoverse, con la única intención de devolverlo a una distancia profesional para que pudiera escucharla y ayudarla.

—Algo así —replicó él con brusquedad, negándose a que lo distrajeran de su rabia, y repitió—: Te estoy diciendo que soy médico. ¿De veras pensabais, necias, que en cuanto volviera a verte no lo comprendería al instante? —Su rostro cambió, las arrugas de furia se suavizaron para tornarse arrugas de dolor. Brotaron lágrimas de sus ojos—. Oh, Milly, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no confiaste en mí? ¿No sabías que yo te habría ayudado?

«Este estado de ánimo me sirve», se dijo Melanie con frialdad. Le sonrió como había sonreído a Gilbert Charters, como solía sonreír a Guy, pero a sabiendas de que la sonrisa no expresaba deseos permisibles y puros, como cuando se la dedicaba a Guy, sino una familiaridad oscura, aciaga.

—¿Por qué no me dijiste que me ayudarías? —le preguntó.

—¿Acaso podía hacerlo? —preguntó con voz inundada de lágrimas —. ¿Cuándo he tenido la oportunidad? Ella siempre estaba aquí, vigilándote, vigilándome, sin darnos la espalda ni una vez para permitirme una mirada íntima. Solo esta tarde, cuando llegó su mensaje, supe que era mi oportunidad por fin. Podía fingir que no lo había recibido y verte a solas. Y Dios sabe por qué he venido.

—Has venido a ayudarme —respondió Melanie con suavidad, mirándolo por debajo de sus pestañas.

—Es demasiado tarde —exclamó él, y se derrumbó de rodillas ante la *chaise longue,* con el brazo sobre su cuerpo—. Milly, ¿por qué no me lo dijiste antes? Habría hecho cualquier cosa, correcta o no, pero ahora no puedo hacer nada.

«¿Por qué llora este imbécil?», pensó Melanie con una crueldad nueva e impaciente, ella que era tan dulce y amable, al igual que Milly lo era, o eso pensaba (¿podría ser que se hubiera equivocado?). Extendió una mano para tocarle el cuello; cuando al fin lo rozó, notó un escalofrío, pero obligó a sus dedos a palpar y acariciar.

—Olvida el pasado —susurró—. Puedes ayudarme ahora si quieres.

—Pero no puedo —lloriqueó mientras dejaba caer la cabeza en el pecho de ella y sollozaba.

—Philip —musitó Melanie con suavidad y después, con más vivacidad—: ¡Philip!

Él alzó la cabeza para contemplarla, y ella, consciente de que de momento lo tenía bajo control y de que el poder estaba en sus manos, dijo:

—Philip, te lo ruego, siéntate y permíteme que te hable. Hay tan poco tiempo, y tú eres el único que puede ayudarme—. Muy a su pesar, su voz se quebró al suplicarle—: Philip, déjame que te explique con calma, te lo ruego.

Con torpeza se puso en pie y la miró con algo de desconfianza.

—¿Eres sincera? —le preguntó—. ¿No estarás intentando, incluso ahora, burlarte de mí?

—Te juro que soy sincera —contestó Melanie, y después añadió con rapidez—: Coge la silla de Adelaide, Philip, y ven a sentarte junto a mí. Si me ayudas, si puedo apoyarme en tu fuerza, sé que todo irá bien.

Durante un momento él siguió observándola lleno de dudas; después fue a coger la silla, como ella le había pedido, y la colocó junto a la *chaise longue*. Pero cuando se hubo sentado y estaba esperando que ella empezara a hablar, su rostro volvió a adquirir la sombría opacidad con la que la había saludado al principio, y la tarea de animarlo a creer que podía ayudar parecía de nuevo imposible. Por eso comenzó, no con suavidad, como había sido su intención, sino con un golpe de efecto:

—Tú crees que voy a morir.

Pero él no se agitó ni respondió vehemente con una negación, como ella había esperado. En vez de eso, asintió con la cabeza y mostró su acuerdo:

—Sí, vas a morir. Nada ni nadie puede hacer nada para salvarte ahora.

Fue Melanie quien se enfureció. Los médicos no deberían decir esas cosas. Olvidando el plan que había trazado, estalló:

—No lo creerás de veras, ¿no?

—Milly, por Dios, ¿qué estás tratando de hacerme decir? ¿Quieres que finja? Pensé que por fin íbamos a ser sinceros —replicó él con impaciencia.

—Por supuesto —convino ella con rapidez al tiempo que se decía que lo que él pensara no tenía importancia, ya que la vida y la muerte de Milly eran irreales, y la necesidad de salvarla no era sino el medio de liberar a Melanie, nada en términos de vida o muerte reales. «Con cuidado, volvamos al plan»—. ¿Crees que es razonable, Philip, que las criaturas como nosotros tengan una fuerte sensación de qué es lo que es bueno para ellas, de qué es lo que necesitan, aunque sus mentes no puedan explicarlo?

Ahora el doctor la miraba de modo diferente.

—Es extraño que preguntes eso, Milly —dijo—. No sabía que

pensaras en esas cosas.

—Me he visto obligada a pensar en esas cosas —replicó Melanie con gravedad—. Philip, por favor, contesta a mi pregunta.

Ya no presentaba ese torpe aturdimiento; su interés era tan vivo como al atacarla, pero en esta ocasión era impersonal e iba dirigido solo a la pregunta.

—Considero razonable suponer que los seres humanos puedan a veces poseer alguna facultad como la que sugieres —respondió—, es decir, que podrían tener una facultad así en un estado salvaje y natural, en el que su ejercicio podría ser necesario para la supervivencia, al igual que un caballo, gracias a una sabiduría natural, se negará a beber agua contaminada, o un ratón, aun sin haber visto nunca un gato, sabe de todos modos que es un enemigo. Pero dudo que una facultad así sobreviva en los seres civilizados. Por supuesto que tienen deseos —rio brevemente—, pero con frecuencia estos son más autodestructivos que curativos.

—Y, sin embargo, uno puede distinguir —sugirió Melanie—, uno sabe en lo profundo de su corazón si esos deseos son buenos o malos.

—¿Tú lo sabías? —preguntó él aún con su tono desapegado, pero con un añadido de desdén y crueldad—. ¿O quizás es que satisficiste tus deseos simplemente porque la naturaleza te dijo que sería bueno que lo hicieras?

—Philip, olvida el pasado —respondió Melanie con cansancio. Parecía necesario decirle aquello—. Estoy hablando del presente, del futuro.

—Tú no tienes futuro —replicó.

—Philip, lo sé, lo sé, te estoy diciendo cómo puedes salvarme. Solo escúchame y déjame que te lo diga.

—Muy bien —respondió él—. Dímelo.

No tenía intención de hablar de este modo, con rapidez y nerviosismo, atropellándose con las palabras.

—Necesito aire fresco y luz natural —explicó—. Necesito ir a algún lugar donde el aire sea puro y limpio, a las montañas, donde pueda tenderme al sol, beber leche fresca y fortalecerme. Si me llevas a las montañas me recuperaré, sé que lo haré, y te lo daré todo, Philip,

todo lo que siempre has querido, con tal de que me ayudes.

—¿Crees que te sigo queriendo? —Soltó una risita despectiva.

—Escucha lo que te digo —gritó—. ¿No ves que te estoy diciendo la verdad? Sé que puedo curarme si puedo estar al sol, al aire libre. —Había empezado a llorar, a sollozar incontroladamente, como él había sollozado—. Lo sé —sollozó—, sé que eso podría salvarme. Sálvame, Philip, no me dejes morir.

Él la había rodeado con sus brazos, la estaba abrazando, consolándola, ya no la odiaba.

—¿Crees que te dejaría morir si pudiera salvarte? —dijo con la boca pegada al pelo de ella, y ella gritó:

—Inténtalo, solo inténtalo. Abre la ventana, eso es lo único que te pido, abre la ventana y déjame respirar el aire, y me pondré mejor, ya verás, al momento estaré mejor.

—Milly —rugió—, querida Milly, detente, te lo ruego. ¿Cómo podría hacer lo que me pides?

—¿Por qué no? —sollozó ella, y él contestó:

—Milly, si abro la ventana, entrará el aire frío y entrará la niebla, te darán en el pecho, te pondrás a toser y ya sabes que la tos es lo peor para ti. Tu única esperanza es resguardarte de las corrientes de aire, mantenerte al calor y protegida…

—Pero yo lo sé —gritó ella, interrumpiéndolo, y él respondió con voz dolorida y triste:

—No puedes saberlo, querida Milly, créeme, no puedes. Esas son fantasías de enferma que salen de tu pobre cerebro cansado.

El doctor la ayudó a recostarse con suavidad sobre el cojín y se puso en pie, levantó la silla y la colocó de nuevo al lado de la chimenea. Aunque él le daba la espalda, Melanie pudo escuchar sus palabras, pronunciadas en voz baja:

—Es demasiado tarde para que sepas nada en absoluto.

Sus palabras parecían tener la fuerza de la promesa del señor Endworthy de que no había nada que temer; si bien al mismo tiempo estaba borrando sus palabras, las suprimía.

—Debo irme —dijo mientras volvía hacia el sofá—. No querría encontrarme con la señorita Adelaide esta tarde.

—Llamaré a Lizzie —dijo Milly con debilidad, intentando ser

correcta. Él, por su parte, siguió también la convención:

—No te molestes, te lo ruego; puedo salir yo solo.

Él la miró y ella lo miró a él. No tenían nada más que decirse. Él le hizo una reverencia y salió.

Escuchó sus pasos por el zaguán, la puerta que se abría y se cerraba de nuevo, y suspiró porque aquellos ruidos confirmaban la realidad, porque su ausencia habría constituido la prueba certera de una pesadilla.

—Es hora de encender las lámparas —dijo en voz alta—. ¿En qué estará pensando esa muchacha? —Sí que estaba oscureciendo tras las cortinas de encaje llenas de polvo; la luz de color amarillo sucio se transformaba en un verde grisáceo oscuro—. En cuanto Adelaide no está… —comenzó, y se detuvo al oír los pesados pasos en los escalones de piedra.

Lizzie entró con una lámpara ya encendida, un sólido candil de bronce con una recargada pantalla rosa. Lo depositó sobre la mesa de la ventana y descorrió las cortinas, pero con torpeza, de modo que la de la derecha se quedó enganchada en una de las sillas.

—Lizzie, la cortina —reconvino Milly con severidad, y Lizzie miró y dijo:

—Le ruego que me perdone, señorita. —Y la agitó para colocarla. Se acercó a la chimenea y encendió las lámparas de gas, que produjeron el esperado crujido, y después se detuvo junto a la *chaise longue* para decir:

—¿Hay algo que pueda traerle antes de que vuelva la señorita Adelaide?

«Por fin», pensó Milly, y dijo con urgencia:

—Rápido, Lizzie, ¿podrías…? —Y Lizzie la interrumpió:

—Esta vez no, señorita. No me atrevo. Volverá en cualquier momento, ya lo sabe, y además lo olería, como la última vez. —Se detuvo en la puerta para repetir—: No me atrevo, señorita.

Y cuando la puerta se cerró tras ella, Milly cogió el vaso de láudano y apuró sus últimas gotas, pero no bastaban, no eran suficientes para saciar el ansia.

—¡Quiero una copa! —exclamó Melanie en voz alta, y añadió con rabia—: No hay nada malo en ello, ¿no? Un consuelo tan pequeño,

solo pido un pequeño alivio.

«Por supuesto que no hay nada malo en ello», dijo Melanie a Milly. «A veces tomamos alguna copa que otra, no hay nada malo en ello, aunque la gente diga que sí».

«Quiero un trago, quiero un trago —gimió—, empecé porque él me aseguró que me salvaría, pero no funcionó a pesar de lo que me había dicho, y luego me acostumbré porque me ayudaba a olvidar». «Está mal *necesitarlo*», reconvino Melanie, y después: «Pero no puedo evitarlo, no es que lo necesite, pero este cuerpo… Necesitamos que olvide, que olvide por completo, todo el futuro y todo el pasado».

«Parece que ahora estamos juntas —explicó—, tú y yo, ambas desesperadas. Creo que hemos hecho lo mismo —le dijo—, amar a un hombre, flirtear y tomar alguna copa, pero cuando yo lo hice no había nada malo, y para ti fue un pecado terrible que merecía un castigo. No era un pecado para Melanie —le explicó—, porque las costumbres han cambiado; el pecado cambia, ¿sabes? Como la moda. No se puede castigar a Melanie, solo a ti», y entonces despertó el otro lado de la conversación, llegó la respuesta, que decía: «Pero ¿cómo sé que esto es el castigo? Ya estaba enferma antes de que ocurriera, ¿estaría bien si no hubiera cometido ese pecado?». Hacía calor a causa del candil y de las lámparas de gas, y el cuerpo sobre la *chaise longue* estaba adormecido y bañado en sudor. «Lo he probado todo —murmuró Melanie—, pero no he descifrado el patrón. Es más fácil abandonar, vivir aquí y morir aquí, porque no hay nada más que intentar».

La lámpara de gas de la derecha chisporroteó y produjo una llama azul durante un instante, para recuperarse al momento. Un estremecimiento sacudió a Melanie. «Casi me atrapa —dijo con los ojos abiertos de par en par, y añadió—: No me rendiré. Debe de haber algo más que intentar».

«Melly», había dicho él, la había llamado con el nombre que solo Guy usaba. «Estoy casi segura —musitó para sí—, de que dijo Melly, no Milly», y después, con rapidez: «Sí, estoy segura, bastante, bastante segura». Por supuesto que esa era la clave, el único vínculo. Allí debía de esconderse la solución, si pudiera descubrirla… «Lo conocía, conocía su cuerpo —recordó con viveza—. ¿Hemos estado juntos, o

eso está aún por llegar? Recuerdo su cuerpo sobre el mío en la *chaise longue*. Lo recordé al ver por primera vez la *chaise longue*, y volví a recordarlo aquí. Pensé en el éxtasis —se dijo con agitación—, el éxtasis me trajo hasta aquí, y el éxtasis me llevará de vuelta. Gilbert, ven —exclamó en silencio—, ven, ven», estirándose hacia él, deseando que viniera a ella, que la tomara en la *chaise longue* y así la liberara.

Y con ese pensamiento llegó de nuevo el horror y, junto a él, la repugnancia ante la mera idea del cuerpo vivo y el muerto juntos. «Yo estoy viva y él está muerto —dijo, y después, con lentitud, por primera vez, se preguntó—: ¿De quién es este cuerpo en el que estoy? ¿Es este mi cuerpo vivo, el mío, el cuerpo vivo de Melanie? ¿Puede una mente encontrarse en un cuerpo extraño o es mi cuerpo el que está aquí, pudriéndose y muriendo? No, si es mi cuerpo, entonces esto es un sueño, un espejismo —exclamó—. El cuerpo solo puede vivir una vez, y la mente vive y se alimenta del cuerpo. Si este es mi cuerpo, entonces estoy a salvo. Solo tengo que esperar y la ilusión que me nubla la mente se pasará. Se me haga largo o no, me parezca un instante o una vida entera, me veré liberada, porque mi cuerpo, lo sé con absoluta certeza, está allí y allí no puede haber pasado el tiempo, así que llegará con seguridad un momento en el que el sol esté aún en la ventana, y toda la suavidad y los olores dulces y el amor del hogar. Oh, quiero irme a casa —gimió—. Nunca ha habido una pérdida como esta, esta inimaginable separación de la vida. Dejadme marchar —rogó—, echo tanto de menos mi casa, estoy tan sola y tan asustada, no hay forma, no hay salida y no puedo hacer nada, y no me atrevo a descubrir que este cuerpo no es mío».

Pero mientras lloraba y gemía puso las manos ante sus ojos y en ese momento sus sollozos se acallaron, pues toda su atención se concentró en las manos. Tenía las uñas cortas, las habían recortado burdamente con tijeras, y las pulcras cutículas se extendían sobre la lúnula. «No quiere decir nada —se dijo Melanie, con la respiración acelerada—, naturalmente que, si lo sueño, lo soñaría correctamente, Milly tendría uñas así, no uñas puntiagudas pintadas de rosa, yo creo que estos son mis dedos —vaciló—, yo no tenía nada de particular en los dedos, eran largos y finos, y estos también lo son. Podía

rodearme la muñeca con el pulgar y el índice», se acordó, y, al intentarlo, se dio cuenta de que se la rodeaba con facilidad, con mucha más facilidad de la que recordaba. «Pero Milly ha estado enferma, más enferma que yo, durante más tiempo que yo, así que naturalmente sus muñecas deberían ser más finas. Estoy casi segura de que estas son mis manos —dijo, y el miedo gritó—: Pero debes estar segura, segura, segura».

Alzó las manos para tocarse la cara, se puso un dedo sobre los labios, las cejas, se lo deslizó por la nariz. «Creo que sí», dijo, hasta que sintió el cabello, pero aquello era extraño. Podía palpar unos bucles suaves sobre las orejas (por supuesto, llevaría el pelo arreglado como el de Adelaide). «Pero ¿y el color?», se preguntó, y se sacó un cabello del bucle de la izquierda y se lo puso en la palma para examinarlo.

Era difícil asegurarse solo con un cabello. «Parece más oscuro que el mío, pero también es cierto que yo me había dado baños de manzanilla y había tomado el sol, en consecuencia el mío estaría más claro que el de Milly. Tengo que conseguir un espejo», pensó con desesperación, y después lo rechazó con terror. Un espejo sería demasiado, tendría una exactitud equivocada, estaría corrupto por la mentira porque vendría de aquí, no de allí. Era mejor ir con pies de plomo, estar casi segura en un terreno inequívoco que completamente convencida en un mundo de ilusiones y engaños.

«Conozco mi cuerpo —pensó de repente—, si hay algo que conozco en el mundo es mi cuerpo».

«Tengo que encontrar mi cuerpo», dijo con desesperación mientras toqueteaba su indumentaria, aunque era inútil porque no hallaba entrada alguna.

«Ve despacio —se dijo—, despacio. No puedes desvestirte hasta que no sepas qué llevas puesto». Deslizó las manos hasta los hombros, había algo holgado sobre ellos; las manos reptaron explorando hasta el cuello y encontraron un pequeño lazo de satén. «Esto lo puedo deshacer», se dijo, y las cintas cayeron sobre sus manos, pequeñas cintas de satén malva que mantenían un chal blanco de punto ancho pegado al cuello. Este se deslizó por sus hombros y la parte superior de los brazos, era algo similar a una capa con volantes. Después

volvió a subir, a partir de los volantes de algodón de la cintura, por las mangas, hasta el cuello, cubierto por un volante, y bajó por la parte delantera: «Lo veo —se dijo—, es un camisón de algodón blanco, algodón blanco pesado y grueso, va abrochado en la parte delantera con botones de perla que puedo desabrochar».

Por debajo del camisón había una desgastada prenda de franela afieltrada. Esta prenda también se desabrochaba por delante, con una tira de seda en zigzag que bordeaba la tapeta y unos botoncitos blancos muy juntos, hechos de hilo sobre un armazón, como telas de araña. «También puedo desabrochar estos botones», se dijo Melanie, y tras hacerlo, retiró el chal, el camisón y la camiseta; ya podía mirar su cuerpo.

Pero ahora no se atrevía. «Aunque no sea mi cuerpo, no probará nada», desconfió de sí misma al mismo tiempo que se esforzaba por convencerse. «Cuando era niña y la señorita Paine llegaba tarde a recogerme de la escuela, le rezaba a Dios: "Aunque no haya entrado en ese autobús que llega", rezaba, "por lo menos que haya entrado en el siguiente, Tú puedes hacerlo, cambiar el universo entero de modo que nadie lo sepa y parezca como si desde un principio hubiera entrado en el autobús siguiente". Y si el autobús siguiente no la traía, pensaba que Dios había renegado de mí, pero si llegaba el siguiente autobús y la señorita Paine se bajaba, entonces sabía que en realidad habría venido en el posterior o en el siguiente, pero que Dios había escuchado mi oración y había cambiado el universo para que viniera más rápido. Eso podría pasar —pensó—, si podía imaginarlo, entonces es que podía ocurrir. Podía ocurrir con frecuencia, todo el rato, de modo que no hay continuidad en el tiempo, sino que esa continuidad es el único modo que tenemos para imaginarlo. Quizás el tiempo no trascurra de modo lineal, sino en todas las direcciones y en ninguna, y Dios podría haber cambiado el universo de modo que sea mi cuerpo el que yace aquí y no fuera un sueño, o que no sea mi cuerpo y aun así sea un sueño del que puedo liberarme».

«La prueba de valentía aún es válida —le dictó su consciencia—, debes saber, debes mirar». Así pues, alzó la cabeza y bajó la vista hacia su cuerpo.

Allí, enmarcados por la vestimenta arrugada, colocados sobre costillas apenas cubiertas por piel, se alzaban dos pequeños pechos. «¿Son mis pechos o no? —se preguntó Melanie—. ¿Me atreveré a tocar estos pechos que podrían ser míos y por tanto estar vivos, o se derrumbarán, se pudrirán si los toco con mis manos vivas, mis manos sobre unos pechos muertos desde hace mucho? Son más blancos que los míos —se dijo—, más pequeños, más tristes que los míos», y, con un convulso movimiento puso las manos debajo de ellos y no se pudrieron, pequeños pechos cálidos y vivos, y, palpitando entre ellos, el corazón, que latía demasiado deprisa.

«Creo que son míos —dijo—, mis manos los abarcan como si fueran míos, ¿o como las manos de Milly abarcaban los suyos? Oh, debería conocer mi cuerpo, pero ¿cómo podría hacerlo? Lo adoraba porque era perfecto e inmaculado, no tenía marca ni cicatriz por la que pudiera reconocerlo. Mira más de cerca, más de cerca», se instó, y allí, desde el esternón hasta cada pezón, había una vena nueva, hinchada, de color azul.

«Este cuerpo ha dado a luz a un niño, mi hijo», exclamó Melanie, y al otro lado de la puerta los lentos ruidos se aceleraron hasta convertirse en un bullicio convulso.

—¿Dónde está mi bebé? —gritó—. Dadme a mi bebé, quiero a mi bebé. —Llamó a su bebé a gritos mientras se dejaba caer de nuevo sobre la *chaise longue* con las ropas desgarradas y su pecho desnudo y tembloroso por los alaridos.

—Estás loca —le vociferó Adelaide—. Eres nauseabunda, estás loca. —Sus manos estaban entre las ropas, en un intento por recomponerlas, por cubrir aquellos reveladores pechos fecundos.

—¿Qué has hecho con mi bebé? —gritó Melanie al tiempo que se alzaba y asía a Adelaide y arañaba su pecho como si también hubiera que arrancar las ropas de aquel árido seno.

—Lo prometiste —jadeó Adelaide—. Juraste que nunca preguntarías, nunca dirías ni una palabra si me quedaba contigo y te cuidaba. Lo juraste.

Y Melanie volvió a gritar:

—¡Dame a mi bebé, quiero a mi bebé!

Adelaide se zafó de sus garras y Melanie, con la ropa arrugada y

desaliñada, se desplomó formando un ovillo indefenso y desordenado.

—Quiero a mi bebé —gimió—, quiero a mi bebé.

Adelaide clavó en ella su mirada, con la respiración agitada y los ojos brillantes.

De repente se inclinó hacia delante, acercó la boca a la cabeza de Melanie, torcida sobre el lateral en el cojín.

—¿Quieres ver a tu bebé? —murmuró con lentitud y crueldad, y cuando Melanie detuvo sus gemidos para escuchar, añadió—: Verás a tu bebé si me dices quién fue. —Y, mientras se erguía, dijo en espera de una afirmación—: Dime *su* nombre y verás a tu bebé.

Melanie, que tragaba saliva mientras intentaba controlar sus sollozos histéricos, levantó hacia ella la vista.

—No puedo decírtelo —le confesó—, porque no lo sé.

Adelaide la abofeteó en la cara, primero con la mano derecha y después con la izquierda.

—¡Puta! —vociferó—. ¡Puta! ¡Sucia puta! —seguía gritando mientras apartaba de nuevo la ropa y la golpeaba en la cabeza, en el pecho, incapaz de detenerse hasta que la cabeza de Melanie dio una sacudida hacia arriba y hacia delante, y tosió, y tosió y tosió, tanto que de repente se le llenó la boca de sangre caliente y metálica que se derramó sobre las manos que ejecutaban el castigo, sobre las ropas y las colchas y las rosas de la *chaise longue*, y la cabeza cayó de lado sobre el borde, y el cuerpo se retorció para quedar inerte después.

«Luego Milly está muriendo», explicó una voz en la cabeza de Melanie, que sabía que habían llevado el cuerpo a la cama, tras las puertas correderas, y que alrededor del lecho estaban Adelaide, el señor Charters y el médico; el señor Charters estaba de rodillas, cubriendo con sus manos las lágrimas que derramaba; la intensidad de sus oraciones escondía los sollozos que lo sacudían.

—Encomendamos humildemente el alma de Tu servidora, nuestra querida hermana… —escuchó, y el susurro se alzaba y decaía; a veces eran palabras, a veces un murmullo monótono lleno de desesperación y, en silencio, Adelaide y el doctor permanecían de pie

observando.

«¿Quién se está muriendo? —exclamó la voz desmayada, solo Milly, tiene que ser solo Milly—. No estoy en ese cuerpo hundido e inconsciente, solo esperamos la liberación, Milly hacia la muerte y yo hacia la vida. Puedo verlos a mi alrededor, a Adelaide y al señor Charters y al médico…».

—Tiene los ojos abiertos —musitó Adelaide, y el doctor le respondió:

—Ya no puede ver nada, tranquilícese, ya no puede ver nada.

Y, más allá de ellos, veía la salita sobre el canal, al doctor Gregory y a la hermana Smith y a Guy, de espaldas a ella, inclinados sobre la *chaise longue.* ¿Había angustia en sus rostros allí de pie, terror y falta de confianza, o estaban sonriendo tranquilos, llenos de la certeza de una continuidad? No podía saberlo, no había manera de saberlo, pero allí estaban el doctor Gregory, la hermana Smith y Guy, Adelaide, el señor Charters y el doctor, y de repente se difuminaban y desvanecían, titilaban por un instante en la vista temblorosa y, por fin, ya no hubo nada más que oscuridad, y en la oscuridad el éxtasis, y tras el éxtasis, la vida y la muerte.

---

[2] Rivales políticos de la época.

[3] Guerra (1893-1894) entre la British South Africa Company y la tribu Nbedele, en la que esta resultó vencida.

[4] Amelia Jenks (1818-1894), reformadora social que fundó la revista de corte feminista *Lily* e introdujo el uso de los bombachos.

[5] Tesis religiosas que resumían la ideología del Movimiento de Oxford. Pretendían limitar la intervención del Estado en la religión.

[6] Tipos de carruajes.

[7] «*Time had been blotted out while he listened to the lark*», cita de Courage, J.M. Barrie. Versión de la traductora del libro.

[8] Paráfrasis de un fragmento del poema *Dirge without music*, de Edna St. Vincent Millay.

LA TORRE

MARGHANITA LASKI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

La carretera comienza a ascender en una serie de curvas suaves, en medio de agradables olivares y viñedos. A cinco kilómetros a la izquierda está el desvío a Florencia. A la derecha se ve la Torre del Sacrificio (470 escalones), construida en 1535 por Niccolo di Ferramano: el miedo y la superstición dejaron la torre intacta cuando el pueblo circundante fue completamente arrasado en 1549.

Caroline, triunfante, levantó el dedo de la fina cursiva. Nada podía enturbiar el éxito de la tarde. Para empezar, había salido en coche sola por primera vez, conduciendo de forma intachable por el lado derecho de la carretera, y, además, lo que había llevado a cabo no era un simple paseo, sino una excursión cultural. Se había llevado la guía italiana que Neville siempre estaba recomendándole y, entre pausas, vacilante, había conseguido descifrar lo suficiente del idioma como para elegir una ruta que comprendía cuatro reputadísimos frescos, dos campanarios de fama mundial y un crucifijo de madera en la iglesia de un pueblo bastante alejado de la carretera principal. Después de todo, tampoco estaba tan mal que la reunión del British Council hubiese retenido a Neville en Florencia. Lo más seguro era que él lo supiese todo sobre los campanarios y los frescos, pero cabía la posibilidad de que no hubiese descubierto el crucifijo, y ¡qué gratificante sería poder contribuir con algo propio a aquella profusión cultural que su esposo no dejaba de acumular!

Pero ¿podría abarcar algo más? Aún quedaba al menos una hora de luz solar y no tardaría más de treinta y cinco minutos en regresar al piso de Florencia. A lo mejor daba tiempo a añadir la torre a aquella colección que se sentía obligada a elaborar. ¿Cómo se llamaba? Se inclinó de nuevo sobre la guía, señalando con atención el texto con el dedo, para asegurarse de que lo estaba traduciendo bien, palabra por palabra.

Pero, en ese momento, el dedo se detuvo con brusquedad en el nombre de Niccolo di Ferramano. Había avivado una imagen en su mente. No, una imagen no, un retrato: el de un rostro pálido y delgado de ojos hundidos y negros que clavaban la mirada en los suyos. «¿Por qué un retrato?», se preguntó, y entonces lo recordó.

Habría sido unos tres meses atrás, justo después de casarse, cuando Neville la llevó por primera vez a Florencia. Él ya llevaba dos

años viviendo allí y en ese tiempo se había mostrado tan preocupado por acumular cultura toscana como por difundir la cultura inglesa entre los italianos. ¿Qué podía haber más natural que querer compartir sus descubrimientos —quizás incluso presumir de ellos— ante su joven esposa?

Caroline había llegado a Italia con la idea de que, cuando se hubiese estudiado un par de galerías y realizado unos cuantos viajes —a Asís y Siena, por ejemplo—, ya habría cumplido con su obligación como esposa del British Council y entonces podría dedicarse a examinar las tiendas florentinas, cuya belleza, a decir de todos, era indescriptible. Pero sus planes habían suscitado el desdén de Neville. «Las galerías puedes verlas en cualquier momento —había dicho—, pero me gustaría que empezaras por las piezas que se pierden los turistas corrientes», y por supuesto Caroline no podía dejarse calificar de turista corriente. Se había enorgullecido de acompañar a Neville a castillos y palacios de propiedad privada a los que el trabajo de él les franqueaba el paso para contemplar con deleite, o eso esperaba ella, un Rafael sin descubrir, un Tiziano, colgado en la misma pared desde que se pintó, un fresco de Giotto bajo el que la familia que lo encargó originalmente seguía orando.

Fue en una de esas peregrinaciones cuando había visto el rostro del joven de ojos negros. Habían recorrido un camino largo y lento por carreteras estrechas y difíciles, y habían llegado por fin a un castillo situado en lo alto de una colina. Para decepción de Neville, la familia estaba ausente, pero el ama de llaves se acordaba de él y los condujo a una larga galería en la que se alineaban cinco siglos de retratos familiares.

Aunque no lo habría reconocido ni aun en su fuero interno, Caroline había acabado casi insensibilizada al arte italiano. Siguió a Neville por la galería, como se esperaba de ella, escuchando educadamente mientras él, con su voz ligera y refinada, iba contándole anécdotas curiosas de la historia y, sin querer, Caroline dejó que sus ojos se pasearan por la sala, mirando a cualquier parte menos al retrato particular sobre el que peroraba Neville.

Así fue como su mirada se detuvo en un rostro que había al otro lado de la sala y, olvidando los buenos modales, cogió a su marido

del brazo para preguntar:

—Neville, ¿quién es esa muchacha de ahí?

Pero Neville se mostró complacido.

—Ah, me alegro de que te hayas fijado en ese lienzo. Por lo general, se considera lo mejorcito de la colección. Es un Bronzino, por supuesto.

Y se acercaron para contemplarlo.

El retrato estaba pintado en colores suntuosos y pálidos, una cortina verde, un vestido azul, un rostro joven con ojos castaños y serenos enmarcado por unas trenzas de pelo dorado como miel. Caroline leyó en alto el nombre que había al pie del cuadro: Giovanna di Ferramano, 1531-1549. «Ese fue el año en que se destruyó el pueblo», recordaba ahora, sentada en el coche junto a la cuneta; sin embargo, aquel día exclamó:

—Neville, solo tenía dieciocho años cuando murió.

—En esa época se casaban jóvenes —había comentado Neville, y Caroline había dicho, sorprendida:

—Ah, ¿estaba casada?

Había sido el carácter radiante y virginal del rostro lo que captó su atención.

—Sí, estaba casada —respondió Neville, y añadió—: Mira el retrato que hay junto a ella. Es otro Bronzino. ¿Qué te parece?

Y entonces fue cuando Caroline vio al joven pálido. En ese retrato no había colores claros. Solo estaba la lividez del rostro, la negrura de los ojos, el pelo y las ropas, y el destello de las letras doradas procedentes de la pila de libros sobre la que descansaba la mano del joven. Bajo el lienzo rezaba: «Retrato de un caballero desconocido».

—¿Quieres decir que él es su marido? —preguntó Caroline—. Seguro que si lo fuese lo sabrían, no lo llamarían «caballero desconocido».

—Es Niccolo di Ferramano, sin duda —dijo Neville—. He visto otro retrato de él en algún sitio, y no es un rostro de los que se olvidan, pero… —prosiguió reacio, porque odiaba reconocer que no sabía algo—. Al parecer, se trata de un personaje con algún extraño escándalo y, a pesar de que no retiran su retrato, no mencionan siquiera su nombre. La última vez que estuve aquí fue el propio

conde el que me acompañó por la galería. Le pregunté por la pequeña Giovanna y su esposo. —Se rio, inquieto—. Mira que mi italiano distaba mucho de ser perfecto en aquella época, pero quedó horriblemente claro que no debería haber preguntado.

—Pero ¿qué es lo que dijo? —preguntó Caroline—.

—He intentado recordarlo —contestó Neville—. Por alguna razón se me quedó grabado. Dijo: «Acabó perdida» o «acabó maldita», pero nunca estoy seguro de qué palabra usó. Y se limitó a ignorar el retrato de Niccolo.

—¿Qué le pasaría a Niccolo? —musitó Caroline.

—No lo sé, pero puedo suponerlo —respondió Neville—. Fíjate en los caracteres de los libros que hay bajo su mano. Están en hebreo o en árabe. Sin duda Niccolo el innombrable se inició en la magia negra.

Caroline se estremeció.

—No me gusta ese hombre —dijo—. Miremos de nuevo a Giovanna.

Tras dirigirse de nuevo al primer retrato, Neville comentó, como de pasada:

—¿Sabes que os parecéis?

«Tengo el tiempo justo de echarle un vistazo a la torre», dijo en ese momento Caroline en voz alta y, tras meter la guía en la guantera, bajo el salpicadero, condujo con cuidado por las suaves curvas hasta llegar al desvío a Florencia, a mano izquierda.

A la derecha, en la cima de una pequeña loma, se alzaba una torre alta y circular. No había ninguna otra construcción a la vista. A pesar de hallarse en una zona en la que se cultiva hasta el último rincón, no había tierras de labranza alrededor de la torre. A mano izquierda quedaba el ramal en dirección a Florencia; a mano derecha, un camino de cabras que llevaba a lo alto de la colina.

Caroline sabía que deseaba tomar el desvío a la izquierda, hacia Florencia, hacia casa, hacia Neville, «hacia la seguridad», la apremió de repente una voz interior. La vocecilla la asustó tanto que salió del coche y emprendió el camino polvoriento que llevaba hasta la torre.

«Después de todo, quizá no vuelva por aquí —alegó—; es una

tontería perder la oportunidad de verla cuando de veras me interesa. Solo un vistazo rápido», y, mientras observaba la puesta de sol, se dijo que más le valía que fuese rápido de veras, si quería llegar a Florencia antes de que anocheciese.

Así que subió la colina y se plantó frente a la torre. Estaba construida a base de finos ladrillos rojos y solo unas troneras estrechas horadaban la superficie; al mirar hacia arriba, Caroline vio una especie de plataforma angosta que rodeaba la parte superior. Tenía ante ella el arco de la entrada. «Solo voy a echar un vistazo», se cercioró de nuevo y, acto seguido, se adentró en la torre.

Se hallaba en una habitación vacía con un techo abovedado y bajo. Una estrecha escalera de piedra pegada a la pared subía en círculo hasta desaparecer por un agujero en el techo.

«Debe de haber unas vistas maravillosas desde arriba», se dijo Caroline con firmeza; posó la mano en la barandilla herrumbrosa y empezó a subir, contando a medida que avanzaba.

«…treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno», enumeró, y en el cuadragésimo primer escalón traspasó el techo y levantó la cabeza para observar, arriba del todo, muy por encima de ella, el cielo azul oscuro del anochecer, un pequeño círculo de azul enmarcado por un espacio cada vez más angosto alrededor del cual se enroscaba la escalera estrecha. No había pared al otro lado; solo la barandilla oxidada protegía por el extremo interior a quien subía.

«…ochenta y tres, ochenta y cuatro», contó Caroline. Sobre ella, el cielo iba perdiendo su color y se preguntó por qué habrían colocado las troneras en la pared de forma circular, pero tan altas que nadie pudiese mirar por ellas al subir la escalera.

«Está oscureciendo muy rápido», dijo Caroline en el escalón número ciento cincuenta. Ahora sé cómo es la torre. Sería mucho más sensato dejarlo pasar y volver a casa.

En el escalón número doscientos sesenta y nueve, su mano solo encontró vacío al avanzar por la barandilla. Durante un segundo interminable, estremecida, se apoyó contra el otro lado, en el ladrillo firme. A continuación, trastabillando, estiró las manos hacia delante, hacia arriba, tanteando, hasta que por fin sus dedos hallaron de nuevo la barandilla herrumbrosa y avanzó.

Pero cada vez había más tramos sin barandilla. Por momentos tenía que subir varios escalones con el hombro izquierdo pegado a la pared de ladrillo antes de que su mano encontrase a tientas la escasa comodidad del metal oxidado.

En el escalón número trescientos setenta y cinco, se aferró a la barandilla y esta se desmoronó bajo sus dedos.

«Será mejor que avance junto a la pared», se dijo, y apoyó la mano izquierda en el ladrillo rugoso mientras proseguía su ascenso.

«Cuatrocientos veintidós, cuatrocientos veintitrés», seguía contando Caroline con parte de su cerebro. «La verdad es que tendría que empezar a bajar —objetó otra parte—. Ojalá… ay, quiero bajar ya…». Pero no podía. «Sería una tontería darse por vencida ahora», se dio ánimos, en un desesperado intento por racionalizar la fuerza que la empujaba a seguir. «Solo por tener miedo…». Y entonces tuvo que sofocar también ese pensamiento. En su cerebro no quedaba nada salvo la cuenta creciente de escalones.

«¡Cuatrocientos setenta!», exclamó Caroline en voz alta, presa de un alivio explosivo, y a continuación se detuvo de repente, porque también los escalones cesaban.

Ante ella no había nada, aparte de un trozo de barandilla rota que le impedía el paso y el cielo, desprovisto ya de su color azul, a unos seis metros por encima de su cabeza.

«Pero ¡qué idiotez! —dijo al aire—. Si no conduce a ninguna parte...».

Y entonces los dedos de su mano izquierda, al explorar la pared que tenía al lado, no encontraron ladrillo, sino madera. Se volvió para ver qué era y allí, en el muro, a la altura del último escalón, había una pequeña puerta de madera.

«Conque sí lleva a algún sitio, después de todo», dijo forcejeando con el pomo oxidado. Abrió la puerta de un empujón y entró.

Estaba en una plataforma estrecha de piedra de menos de un metro de ancho. Parecía rodear la torre. La plataforma se inclinaba hacia abajo y las piedras que la formaban eran lisas y muy brillantes. Y eso fue todo lo que advirtió antes de mirar más allá del suelo de piedras.

Se hallaba a una altura infinita, inconmensurable, y estaba sola. Y

todo un mundo la separaba del suelo. No era creíble, ni posible, estar tan lejos del suelo. Todo su ser se vio de repente absorto por el único impulso de lanzarse plataforma abajo. «No puedo bajar de ninguna otra forma», afirmó, y entonces se percató de lo que había dicho y retrocedió, aferrándose con furia a la madera blanda y podrida de la puerta de entrada, con las manos empapadas en sudor.

«No hay otra manera —insistió la voz de su cerebro—, no hay otra forma».

«Esto es vértigo —aclaró Caroline—. Solo tengo que cerrar los ojos y quedarme quieta un minuto, y se me pasará. Se me va a pasar. Nunca me ha ocurrido antes, pero sé lo que es: vértigo».

Cerró los ojos y permaneció inmóvil mientras un sudor frío le recorría el cuerpo.

«Seguro que ya está», dijo al fin, y, con cuidado, cruzó de nuevo la puerta en dirección a los cuatrocientos setenta escalones, cerrando la puerta tras ella. Levantó la vista al cielo, que se oscurecía a toda prisa. Entonces, por primera vez, miró hacia abajo, a la angosta y desprotegida escalera en forma de caracol, caracol, caracol, que desaparecía en la penumbra.

«No puedo bajar», exclamó.

Se quedó inmóvil en el primer escalón mirando hacia abajo. Poco a poco la última luz del día se fue extinguiendo hasta dejar la torre a oscuras. No podía moverse. Era imposible atreverse a bajar, escalón a escalón, las escaleras desprotegidas que se sumían en la oscuridad. «Sería mucho más fácil caer —dijo la voz de su cabeza—: dar un paso hacia la izquierda y caer, y todo habrá acabado. No puedes bajar».

Empezó a llorar, su cuerpo se agitaba por la intensidad de sus sollozos. No podía ser verdad que se hubiese expuesto a un peligro así, que no pudiese encontrar seguridad alguna a no ser que bajase aquellas escaleras amenazantes. La realidad debería ser que estaba a salvo en casa, con Neville. Sin embargo, esta era la realidad, y ahí estaban las escaleras; al final dejó de llorar y dijo:

«Ya está, voy a bajar.

»Uno», contó.

Y avanzó raspando la mano derecha contra la pared de ladrillos.

Primero movió un pie y luego el otro, hasta el segundo escalón.

«Dos», contó, y entonces pensó en la profundidad que se abría a sus pies y se quedó petrificada, estupefacta de terror.

La piedra bajo sus pies y el ladrillo contra su mano eran protecciones demasiado frágiles para su cuerpo expuesto. No podían salvarla de la voz que no dejaba de repetir que sería más fácil caerse. Se sentó de forma abrupta en el escalón.

«Dos —reanudó la cuenta, y, apoyándose con ambas manos en el escalón, balanceó su cuerpo para bajar del segundo al tercero—. Tres», dijo; luego «cuatro», y «cinco», pegándose cada vez más contra la pared, alejándose de la caída y del vacío del otro lado.

En el vigésimo primer escalón, dijo:

«Ahora creo que puedo».

Deslizó la mano derecha por la pared áspera y se puso de pie con lentitud. Después, con la otra mano, tanteó en busca de la barandilla. Estaba demasiado oscuro para ver, pero no estaba allí.

Durante un tiempo eterno, permaneció allí, sin conocer otra cosa que el miedo.

«Veintiuno —dijo—, veintiuno», repetía una y otra vez, pero no conseguía llegar al vigésimo segundo escalón.

Algo le rozó la cara. Sabía que era un murciélago lo que la había tocado, y no una mano, pero aun así sintió un terror que iba más allá de lo concebible, y fue ese horror, y no el instinto de cambiar el espanto por la seguridad, lo que la empujó por fin a bajar las escaleras.

«Veintitrés, veinticuatro, veinticinco», contó. A su alrededor el aire estaba repleto de alas susurrantes. Si una de ellas volvía a tocarla, se caería. «Veintiséis, veintisiete, veintiocho…».

Tenía la mano derecha llena de arañazos y le ardía por la sangre que brotaba, pero ya no la separaba de la pared, sino que la presionaba lentamente mientras forzaba sus piernas entumecidas a moverse desde la certeza de un escalón al peligro del siguiente.

Así bajaba Caroline por la torre oscura. No podía pensar. No conocía nada que no fuese el miedo. Pero su cerebro, pertinaz, no perdía la cuenta: «Quinientos uno —contaba—, quinientos dos, quinientos tres, quinientos cuatro…».

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

